

NOSOTROS, LOS MARCIANOS

LAW SPACE

Nosotros, los marcianos

Law Space

Espacio el Mundo Futuro/045

A Louis G. Milk, cordialmente y con el sincero deseo de que, cuando los marcianos lleguen hasta nosotros, se parezcan más a Te-Lia que al cruel Tlazz y sus protoplasmáticos compañeros.

LAW SPACE.

LAS CASTAS DE MARTE

El «UNO», el «SUPREMO».

—El tremendo desarrollo de su cráneo ha dominado completamente el del resto del organismo, reducido a un cuerpo raquítico en el que destacan dos largas manos de una agilidad y facilidad de movimientos extraordinarios.

«KÉPHALOS 2».

—Solamente existen dos: Pro-Max, el fabuloso investigador del espacio y que descubre la existencia de habitantes en el Tercer Mundo (la Tierra, ya que por orden, a partir del Sol, es, en realidad, el tercer planeta, a saber: Mercurio, Venus, Tierra) y Pro-Tel, el organizador del

que depende la marcha de la vida en Marte. Se alimentan solamente de cefalinas y se ven obligados, por lo exiguo de su cuerpo, a moverse en sillones-automotores y funcionales.

«KÉPHALOS 4».

—Solamente individuos del sexo femenino, encargados de secundar a Pro-Tel en las labores generales de organización planetaria. De apariencia completamente humana, poseen un cráneo quizá un poco más voluminoso que las mujeres terrícolas. Alimentación mixta, fundamentalmente a base de «bio-estimulantes».

«KÉPHALOS 5».

—Hombres y mujeres encargados de múltiples misiones y de la perpetuación de la Especie. Alimentación vitamínico-energética de tipo humano. De ellos se obtienen los individuos de las demás castas superiores. Semejantes en todo a los terrícolas.

«A-KÉPHALOS».

—Seres de apariencia monstruosa, degenerado por una tara que hizo que perdiesen completamente el cráneo. Su cuerpo, musculoso y fuerte, además de bien formado, acaba en un muñón por encima del cuello. Carecen, por lo tanto, de los sentidos localizados en la cabeza y viven y se defienden exclusivamente a base de reflejos medulares. Dedicados a la obtención del agua, en las profundidades marcianas, se alimentan de las sales disueltas en ella, por medio de sus largos dedos de los pies que se han ido convirtiendo en una especie de raíces dotadas de ventosas terminales. Obedecen solamente a las órdenes mentales de las castas superiores y son mansos y buenos hasta lo inconcebible.

NOSOTROS, LOS MARCIANOS

Desde lo más remoto del tiempo, el hombre ha estado seguro de que el espacio que le rodeaba estaba habitado. Una rara y maravillosa intuición le ha hecho comprender, escapando a una egolatría estéril, que la grandiosidad del Universo, cuya infinitud sentía antes de haberlo medido, no podía estar vacía ni muerta. Otras vidas debían forzosamente palpitar en los lejanos mundos que temblaban en la noche.

Incapaz de saber, el hombre pobló el espacio de su invención, dotándolo de todas las perfecciones que él notaba a faltar en sí mismo. Así nacieron las Mitologías, concretándose en los Mundos vecinos a la Tierra, a medida que el hombre empezó a distinguirlos y conocerlos.

Más tarde, cuando la fría razón, vino a remplazar al fantástico poder de la Poesía y de la Leyenda, cuando el hombre pudo empezar a manejar los números, un viento de desolación barrió las viejas concepciones y el espacio volvió a un estado de desierto que no cuadraba, en modo alguno, con real grandiosidad,

Durante un largo período, los planetas, las constelaciones y las nebulosas no fueron más que puntos factibles de ser calculados, medidos, encerrados —cada vez más concretamente— en el absurdo gráfico de las ecuaciones. Nadie volvió a pensar, salvo algún escritor desmelenado, que los mundos pudiesen albergar más vida que la improbable de sus rocas volcánicas, de sus desiertos tremendos o de sus heladas estepas que se resquebrajaban como si la materia fuese incapaz de soportar tan inconcebibles temperaturas.

Pero, ya en él siglo XX, cuando, sin embargo, el avance de las técnicas materiales parecía condenar definitivamente toda idea de habitabilidad en otros cuerpos celestes, el hombre ha vuelto a sentir el escalofrío singular de los tiempos clásicos y ha elevado su mirada hacia el cielo, sintiendo de nuevo y con mayor fuerza que nunca la intuición de que otros ojos podían, como los suyos, estar mirando, desde otro mundo, el espacio, haciéndose la misma pregunta.

¿Por qué justamente después de la explosión de la primera bomba atómica ha empezado el mundo a sentir renovado ese interés? ¿Por qué se siente —a pesar de las racionales explicaciones de los sabios— la presencia, muy cerca de nosotros, de otros seres que intentan comunicar con los pobladores de este planeta?

Indudablemente estamos ya muy lejos de la concepción geocéntrica del Universo y de sus fatales y absurdas consecuencias. El rey de la creación empieza preparándose a desposeerse de su ridícula corona, limitándose a ser un «príncipe», más de los muchos que, como él, nacen, viven y mueren

bajo la infinitud de los cielos.

Pero no es esto todo. Seguimos siendo tan estrictamente antropomorfos que, en la abundante literatura de anticipación, es raro encontrar otros puntos de vista que los que traten de colocar al hombre en lucha contra enemigos despiadados que llegan a la Tierra desde el otro lado del éter.

Nos agrada, como a los niños, ver en la especie humana al adalid de la justicia, al vencedor infalible, al héroe sereno que logra, en feliz lucha, doblegar la potencia de otros seres, siempre monstruosos —desde nuestro punto de vista, naturalmente— que desean invadir nuestro planeta para imponer en él la tiránica concepción de una desastrosa civilización antihumana.

Ya es hora de dar un rotundo alto a esa deformada visión de lo que pueden ser las otras criaturas que pueblen los planetas más o menos lejanos. Debemos ser sinceros con nosotros mismos y desnudarnos, aunque sólo sea por unas horas, de ese hábito de hipócrita santidad con el que solemos discurrir por la vida.

Ni somos los mejores ni, con toda certeza, seremos los peores. Un justo medio debe satisfacernos por el momento hasta que podamos comparamos, sin perjuicios de especie, con las otras criaturas de los espacios intersiderales.

Que el orgulloso «homo sapiens» puede ser un gusano repugnante a los ojos de un marciano, de un venusiano o del habitante de una lejana galaxia es una hipótesis que no debemos descartar demasiado rápidamente.

Acostumbrados a juzgarlo todo, a definirlo todo y a ser, en nuestro planeta, los únicos que podemos decir la última palabra, sin que nadie se atreva a contradecimos, no debe llevamos tan lejos como nos ha llevado.

¡Cuidado, mucho cuidado!

Porque, según intuimos, otros ojos pueden estar vigilándonos, estudiándonos, contemplando todo lo que nos hace hincharnos de orgullo —como el sapo de la fábula— con una sonrisa de conmiseración en los labios.

Para salir un poco de lo archisabido, de lo tocado y resobado, se han escrito las líneas que siguen. En ellas se intenta demostrar que para nosotros no hay nada más terrible que el viejo refrán que dice: «que no es oro todo lo que reluce».

Seamos pacientes y veamos cómo nos consideran los pobladores de otro

planeta. Esperemos al menos que sus inteligencias no nos juzgarán demasiado severamente y que, después de todo, no saldremos excesivamente malparados.

¿Cuántas veces no ha sonreído el hombre blanco ante las costumbres, los ritos y los hábitos de alguno de sus hermanos de otro color? Seamos sinceros y reconozcamos nuestras faltas.

Se nos ha subido muy peligrosamente la civilización a la cabeza. Estamos saturados de técnica, de «grandiosidades» que nos espantan, que nos dejan con la boca abierta, colmándonos de un irrefrenable orgullo.

Dejemos que «ellos» —sean quienes quieran— nos juzguen. Y daremos gracias sí, después, al final llegan a considerarnos simplemente «humanos» en el más reducido y elemental sentido de esta palabra.

El Autor

CAPÍTULO PRIMERO

Pro-Max abrió desmesuradamente los ojos demostrando palpablemente el estupor que experimentaba en aquellos instantes.

Mientras las mudas cámaras cinematográficas, conectadas al descomunal telescopio, captaban las imágenes que el aparato reproducía sobre una enorme pantalla, el marciano se dejó llevar por el entusiasmo, permaneciendo inmóvil contemplando la rotunda prueba que su pueblo había esperado desde hacía millones de años.

¡El Tercer Mundo estaba habitado!

Ahora sí que no podía caber la menor duda y allí, sobre la pulida superficie de la pantalla, estaba la demostración indudable, tan palpable como la realidad misma…

Pro-Max experimentó una sensación de satisfacción que ni él mismo hubiese sido capaz de evitar. A pesar de pertenecer a un grupo

marciano en el que las sensaciones, fuera de las que les proporcionaban las emociones puras, de tipo matemático, no se producían, el hecho que acababa de producirse despertó, en los más recónditos lugares de su ser, aquella grata alegría que tan extraordinariamente le estaba pareciendo.

Profundamente impresionado, Pro-Max sentía el goce simple y hermoso de saber, antes que nadie, que el espacio, hasta entonces vacío y desierto, estaba poblado por otras criaturas, evidentemente inteligentes como lo demostraba la llamarada que había brotado del Tercer Mundo y los gráficos que habían registrado los sensibles aparatos del observatorio.

Todavía permaneció el marciano un largo tiempo con la mirada fija en la pantalla, observando la paulatina y lenta deformación de aquel descomunal hongo blanco que había surgido bruscamente del hemisferio austral del planeta en observación.

¡Una explosión atómica!

Frunciendo el entrecejo, Pro-Max enarcó las rubias cejas bajo la enorme frente, moviéndose inquieto por vez primera en su sillón funcional que proporcionaba a su diminuto cuerpo la sensación de no existir, tan precisa para que el potente cerebro pudiese trabajar con completa libertad de sensaciones somáticas.

La idea de la grandiosa explosión que acababa de ver le preocupó, a partir de aquel preciso instante, cuando la sorpresa se convirtió, casi en seguida, en un razonamiento frío que no podía evitar en modo alguno. Francamente inquieto y presa de una agitación creciente, el marciano se levantó prestamente de su asiento, acercándose a los cuadros de los aparatos que habían registrado, matemáticamente, la potencia del fenómeno acontecido en el Tercer Mundo.

Al incorporarse, Pro-Max dejó al descubierto las exiguas dimensiones de su cuerpo, que apenas contaba tres dimensiones de cabeza, haciendo que el cráneo pareciese monstruosamente injertado sobre el tallo finísimo del cuello que, sin duda alguna, amenazaba no poder soportar el peso del descomunal cerebro.

Las manos, en el extremo de sus pequeños y cortos brazos, estaban bien desarrolladas y tenían la lejana semejanza a largas manos de algún virtuoso del piano. En cuanto a las extremidades inferiores, eran rudimentarias y poco desarrolladas haciendo que la marcha fuese dificultosa y fatigante.

Se detuvo Pro-Max ante los aparatos complejos que ocupaban totalmente el ala izquierda del desmesurado salón del observatorio. Sus manos, de largos dedos ágiles, que demostraban una maravillosa sensibilidad y una movilidad extraordinaria, pulsaron, como si se tratase de interpretar una preciosa melodía, las teclas automáticas del cerebro electrónico que empezó á funcionar en el mayor silencio.

Mientras el complejo aparato funcionaba, el marciano lo acarició con verdadero amor, experimentando una deliciosa sensación. Durante unos segundos estuvo dispuesto a hacer los cálculos mentalmente, solamente por el placer de comparar los resultados que obtuviese con los que lograse la máquina y que sin duda alguna serian idénticos.

Pero la extrañeza de las dimensiones de la explosión observada en el Tercer Mundo le corroía aún el espíritu y no se sintió con ganas de ocuparlo en complejos cálculos, limitándose a esperar los resultados que no tardaría en proporcionarle el cerebro electrónico.

Cuando momentos más tarde el aparato vomitó por una de sus ranuras la respuesta al problema propuesto, el marciano volvió a enarcar las rubias cejas y hasta se frotó en un gesto mecánico la redonda y grasosa punta de su mentón.

Con la cartulina en la mano se alejó definitivamente del aparato, conectando, mientras se dirigía a la puerta del salón, los mecanismos automáticos que cumplirían su cometido durante su ausencia.

Al llegar al dintel de la puerta se sintió fatigado. Los pocos pasos que había hecho, desde que abandonó su cómodo sillón funcional, habían cansado al pequeño corazón que latía en el minúsculo tórax. Se detuvo y sacó de uno de los bolsillos una pequeña pastilla que chupó glotonamente.

Luego atravesó el umbral y se subió a otro sillón que, al recibir el peso de la criatura, se puso dulcemente en marcha a través de un largo y bien iluminado pasillo.

No tuvo necesidad Pro-Max, cuando su curioso vehículo llegó al final del pasillo, que desembocaba en una red de otros cinco más, de utilizar ninguna clase de mecanismo director para indicar cuál debía tomar su sillón movible. El «micro—cerebro» de que el aparato estaba dotado, había percibido perfectamente, en forma de ondas mentales, las instrucciones que el marciano le había dado en el momento de ocuparlo.

El singular viaje se prolongó aún durante unos cuantos minutos.

Cómodamente arrellenado en el sillón, con los pequeños ojos entornados, Pro-Max meditaba profundamente siempre en lenguaje matemático, ya que hubiese sido ciertamente incapaz de hacerlo en otra forma.

Calculaba con una precisión maravillosa todos los detalles de aquella explosión atómica que acababa de producirse en el Tercer Mundo, la energía que había engendrado, el calor que de ella se había desprendido y la actividad destructora y mortal que había extendido a su alrededor al ser liberada su extraordinaria potencia.

Todas aquellas ideas se producían en cifras, en ocasiones, llegando a conclusiones de cálculo realmente fantásticas.

Finalmente, el sillón movible, que había llegado ante una puerta, se detuvo unos segundos, mientras la puerta se abría lentamente sin necesidad de ningún mecanismo fotoeléctrico, sino que por las ondas mentales emanadas del cerebro del marciano, después de atravesar la materia de la puerta, habían llegado hasta el UNO, el Supremo, cuyas ondas cerebrales habían ordenado que se abriese para dar paso a Pro-Max.

La sala en la que penetró el marciano era descomunal. Centenares de aparatos ocupaban totalmente las paredes llegando hasta el techo, a una altura de muchos pies.

Aquellos aparatos, llamados «mnemotocronos» por los marcianos, reservan de una manera completamente viva, en imagen, color y sonido, los recuerdos de las épocas pasadas, desde hacía cerca de mil millones de años. Aquélla fabulosa reserva de hechos estaba solamente a la disposición del Uno, del Supremo, capaz de poder concebir, con la ayuda de aquel fantástico arsenal de ideas, las líneas directrices de la filosofía marciana. Solamente él, el Uno, el Supremo, podía ir elaborando las ideas para el futuro, sacando consecuencias de las experiencias, que por trillones de millones guardaban los aparatos que le rodeaban.

Él mismo, con una edad: prácticamente inexplicable para los humanos, era una verdadera Historia en pequeño y en su tremenda cabeza, verdaderamente gigantesca, yacían los recuerdos de épocas que los «aképhalos» y hasta los otros marcianos no podían siquiera concebir.

El sillón que conducía a Pro-Max se detuvo ante otro, muy parecido, pero de mayores dimensiones; en el que yacía, más que estaba, un ser

cuyo cráneo era la sola parte visible de su cuerpo, a no ser las manos, más grandes que las del recién llegado, que se movían ágil y constantemente.

Su cuerpo, en realidad casi inexistente, estaba cubierto por una bata azul que le cubría por completo.

Sin decir nada, Pro-Max acercó su sillón al otro, tendiendo a la criatura que lo ocupaba la cartulina que había extraído del cerebro electrónico del observatorio.

—Procede del Tercer Mundo —murmuró en voz baja.

Lo más impresionante de aquel enorme salón era el silencio; un silencio antinatural que producían los aparatos que absorbían los sonidos, de forma a que ni el menor ruido molestase la meditación del Uno.

Éste leyó rápidamente las fórmulas de la cartulina, devolviéndola al otro.

—¿Así que el Tercer Mundo está habitado?

—Así es, señor.

—Debimos suponerlo. Algunos de nuestros predecesores llegaron a intuirlo. Debe ser una Humanidad muy joven.

—Un millón de años, aproximadamente.

—Eso es. Sus experiencias atómicas me preocupan, no obstante. Nosotros las hemos hecho por millones, pero a pequeña escala, solamente para estudiar su aplicación industrial. El tamaño de esa explosión en el Tercer Mundo indica otros fines o un gran desconocimiento, una ignorancia supina de la peligrosidad que implica el manejo de la energía nuclear.

Hubo una pausa. Ambos marcianos, con los pequeños ojos entornados, meditaban cada uno en su especial mundo: Pro-Max en lenguaje matemático, el Uno en ideas filosóficas.

—Deben manejar el cálculo de probabilidades —murmuró el primero, pasados aquellos momentos de ensimismamiento.

—Con toda seguridad —repuso el segundo—, han llegado al descubrimiento de la angustia en la existencia... Tendremos que

empezar a enviar algunas astronaves sin piloto, dotadas de todos los medios receptivos posibles. Deseo, en el menor tiempo posible, poseer la mayor cantidad de detalles sobre esas extrañas criaturas.

—Perfectamente, señor.

Se retiró Pro-Max, en su sillón que, después de girar completamente emprendió la marcha hacia el observatorio.

Durante todo el camino se dejó llevar por la emoción que le iban a proporcionar los estudios de los habitantes de aquel curioso Tercer Mundo, cuya exuberancia vegetal era tan perfectamente visible desde Marte, el Cuarto Mundo.

Aquel mismo atardecer, un triste y oscuro atardecer marciano, las primeras astronaves sin piloto surgieron de las plataformas lanzadoras, bellos discos plateados que dejaban en su pos una extraña luminosidad azul.

Desde el observatorio y sirviéndose de un sistema de ondas mucho más perfecto que cualquier radar, Pro-Max, día y noche, sin descanso, que por otra parte no necesitaba, ya que los marcianos superiores no dormían jamás, controlaba a las espacionaves.

Su carencia, casi completa, de cuerpo, evitaba la fatiga orgánica, permitiéndoles trabajar mentalmente sin descanso. La completa inmovilidad en que permanecían en sus cómodos sillones funcionales evitaban el riesgo de una mayor fatiga.

El marciano calculó perfectamente el itinerario que seguían las astronaves y gracias a los dispositivos televisores pudo, en la gigantesca pantalla de su observatorio, lanzar una primera y emocionada ojeada al Tercer Mundo.

Primeramente, después de que las espacionaves atravesaron la densa capa de nubes que la mayor parte del tiempo dificultaba la observación del planeta desde Marte, una maravillosa perspectiva se ofreció ante sus ojos.

El mar, algo completamente desconocido para un marciano, se presentó bruscamente, como una enorme e imponente masa azulado-verdosa que hizo que Pro-Max lanzase, muy a pesar suyo, una exclamación de júbilo.

¡EL AGUA!

La pesadilla horrible de diez mil generaciones marcianas, la causa de la desolación y de la muerte de los primeros tiempos, el problema que se posó, como una obsesión alucinante, a los seres que aparecieron en la superficie del Cuarto Mundo hacía muchos millones de años.

¡EL AGUA!

Había costado miles y miles de siglos, en lucha con las pocas gotas que caían del cielo, suficientes solamente para mantener la vida de algunas especies sobre el planeta, miles de siglos de combate para hallar, fuese como fuese, aquella preciosa sustancia sin la que no era posible lanzar la menor mirada alentadora hacia lo porvenir.

Con los ojos entornados y sin dejar de fijarlos en la gigantesca pantalla, Pro-Max evocó aquellos lejanos tiempos de lucha, registrados gráficamente en todas las bibliotecas cinematográficas de Marte y estudiadas en todas las escuelas y universidades del planeta, de forma a que no hubiese ningún marciano que olvidase la importancia del agua y la sangre que había costado lograrla en cantidad suficiente para permitir que la especie siguiese viviendo.

Hasta una época relativamente reciente, hacía cinco millones de años, no se había logrado aprovechar el precioso líquido acumulado en los casquetes polares de Marte y fue entonces cuando se inició la fabulosa construcción de los canales que llevaban el agua a toda la superficie del astro.

Cien millones de «a-képhalos», criaturas sacrificadas al trabajo eterno en las profundidades de Marte, que debían su nombre a la carencia absoluta de cabeza y producto de investigaciones biológicas de los sabios marcianos, luchaban incansablemente, en las profundidades del planeta para ir extrayendo el agua de las corrientes subterráneas, ya que el aumento de la población hacía que las reservas de los polos fuesen insuficientes.

¡Y he ahí que el Tercer Mundo aparecía como algo inmensamente rico en agua, con fantásticos océanos, con ríos, como los que aparecían ahora —ya que las astronaves se habían acercado a la superficie de la Tierra— con lagos. Un mundo maravilloso en el que sus habitantes no habían conocido la tristeza a la que les había condenado su lejanía con el Sol.

Pro-Max no dejaba de maravillarse al ver la abundancia del líquido elemento que parecía a primera vista ocupar más espacio que las tierras emergidas. Pero la necesidad de ir confrontando los cálculos

que los aparatos de las astronaves le iban proporcionando le hicieron abandonar su visión y encerrarse junto a los cerebros electrónicos, volviendo al mundo que le era tan familiar y donde las cifras y los signos eran los únicos seres palpables para él.

A partir del momento en que estalló la primera bomba atómica, demostrando a los habitantes del Cuarto Mundo la existencia de seres inteligentes en el Tercero, los marcianos no cesaron de enviar sobre la Tierra sus astronaves teleguiadas, recogiendo infinidad de datos, fotografías, películas y sonidos de aquel nuevo mundo que captaba toda su atención.

La selección de datos no fue en realidad una labor ardua, sino su interpretación. Muchísimos de los hechos recogidos por los «Platillos Volantes», como llamaban los terrícolas a las astronaves marcianas, eran sencillamente inexplicables y hasta el mismo Uno, el Supremo, cuya sabiduría estaba establecida fuera de cualquier duda, era incapaz de explicarse la mayoría de los fenómenos captados.

Así, un año después, el Uno llamó urgentemente a Pro-Tel, su poderoso segundo y ayudante en cuantas cuestiones graves se habían presentado al Supremo.

Pro-Tel, cuyo tremendo cráneo le estaba acercando de una manera segura al mandó supremo en el momento en que el Supremo dejase de existir, era, por su inteligencia, una de las mayores potencias mentales que habían existido en Marte.

Alejado de la filosofía y de la matemática, como el Uno y Pro-Max respectivamente, representaba la tendencia social de los nueve mil millones de seres que vivían sobre la superficie marciana. Controlaba de una manera ciertamente maravillosa a los «Képhalos-4», seres de sexo femenino que se ocupaban en Marte de las tareas generales de organización.

Detrás de esta casta, formada solamente por mujeres, estaban los «Képhalos-5», hombres y mujeres, población grande, sin ser la numéricamente mayor, y que proporcionaba los individuos de las castas superiores después de una detallada selección de ejemplares, así como la descendencia de su misma casta.

Más abajo, en todos los conceptos, se encontraba la casta de los «A-képhalos», las criaturas sin cabeza, que se alimentaban de sales minerales, disueltas en el agua y que absorbían por las terminaciones en ventosa de sus larguísimos dedos de los pies y que tenían el aspecto

de monstruosas raíces eternamente introducidas en el suelo.

Los «A-képhalos» eran sexuados y se reproducían a su guisa, siendo empleados a veces fuera de las tinieblas para los trabajos arduos, pesados o demasiado peligrosos.

Eran sumamente dóciles y cualquier marciano, aun en la casta más inferior; poseía el poder de ordenarles lo que debían hacer por un simple mensaje de ondas mentales. El cuello de aquellos seres acababa en una especie de muñón donde se localizaba anatómicamente una formación nerviosa poco complicada que jugaba el papel de cerebro, un cerebro rudimentario y puramente reflejo.

Careciendo de ojos, gozaban de una extrema sensibilidad en todo el cuerpo, principalmente en las manos, fuertes y nudosas, así como los miembros inferiores, lo que les hacía moverse con velocidad sin tropezar jamás en obstáculo alguno.

Pro-Tel era, con su enorme autoridad, sobre aquella población dispar y heterogénea, un amo absoluto, no abusando jamás de sus atribuciones y preocupándose con idéntica atención de la vida de las castas superiores como del desarrollo y salud de los fantásticos «A-képhalos».

Al ser llamado por el supremo, no dejó de imaginarse el motivo por él que era llamado a su presencia.

Así, cuando el Uno le indicó su deseo de enviar una astronave al Tercer Mundo, con algunos investigadores en el interior, que aclarasen ciertos puntos oscuros sobre los habitantes de la Tierra, Pro-Tel respondió con voz dulce:

—Mañana partirá la expedición, señor.

CAPÍTULO II

La joven Te-Lia había cubierto su cabeza con el casco transparente, cuya extremidad superior estaba ligada a un receptor que, desde el imponente salón del Uno, le iba proporcionando, incrementadas por ondas mentales, las enseñanzas que las astronaves teleguiadas habían

recogido en el Tercer Mundo, sobre el país que debía observar de cerca y, si le era posible, recoger algunas muestras minerales, vegetales y animales para su ulterior estudio por los especialistas de su planeta.

Detrás de ella, en el interior del platillo volante, en la cámara de máquinas, cuatro «A-képhalos», monstruosamente pálidos, permanecían inmóviles con los pies hundidos en una especie de terrario en el que, por los cuatro costados, iba cayendo un chorro de agua repleto de las sales que les servían de alimento.

Su aspecto, desprovisto de cabeza, podía parecer tremendamente fantástico a otros ojos que no fuesen los de Te-Lia, acostumbrada, desde niña, a ser servida, en su casa, por seres como aquellos.

Los conocimientos, transmitidos por los poderosos aparatos del Uno, iban inscribiéndose velozmente en el cerebro de la muchacha. Así, sin darse cuenta, asimilaba una lengua que no era otra que la inglesa, modificada de su original de Oxford y Cambridge, ya que la marciana se dirigía hacia el norte del continente americano.

Le divertía aquella lengua elemental, sencilla, comparada con el complejo lenguaje marciano, lleno de tonalidades de una belleza enorme.

Poco después, mientras el platillo volante seguía su camino en el espacio, Te-Lia recibió imágenes del mundo que iba a visitar, divirtiéndose ante las imágenes que habían logrado captar por medio de poderosos teleobjetivo, las cámaras de las astronaves enviadas anteriormente al Tercer Mundo. Muchas de las cosas que veía le extrañaban y le maravillaban, encontrándolas tremendamente infantiles en el raro sentido de que tal palabra tenía para la muchacha.

Te-Lia no era alta, como todas las castas superiores de Marte, pero su esbeltez era agradable y su rostro bello e inteligente. Quizás a los ojos de un humano su cabeza fuese un poco grande y su frente demasiado amplia para una mujer; pero en el fondo podía pasar desapercibida entre sus congéneres de sexo en la Tierra sin llamar la atención.

Su traje de astronauta sí que hubiese provocado un verdadero escándalo entre los modistos parisienses. Aquel traje espacial constaba de una chaqueta azulada, tremendamente abultada, ya que contenía un dispositivo completo de aislamiento con el medio ambiente y de unos pantalones, tipo «corsario» que dejaban, desde su final hasta el comienzo de la bota de media caña, amarillenta, un espacio libre que

descubría la piel morena de la joven.

Durante veintiocho largas horas —el viaje Marte-Tierra se hacía en tres días terrícolas— Te-Lia recibió una enorme cantidad de conocimientos y cuando se desposeyó del casco, conocía un cúmulo de cosas sobre los Estados Unidos de América y, entre ellas, el idioma, como si acabase de salir de una universidad estadounidense.

La joven se desperezó, levantándose de su asiento, totalmente funcional. Sentía apetito y consumió una buena parte de tabletas bio-estimulantes, masticando después una especie de «chicle», cargado de vitaminas y que los marcianos de su casta, así como los de la inmediata inferior, consumían para evitar que la dentición desapareciese al tomar los alimentos en pastillas y comprimidos.

Carentes de sustancias no alimenticias, las pastillas de bio-estimulantes marcianas producían casi inmediatamente después de ingeridas una sensación de bienestar y fortaleza que duraba casi veinticuatro horas.

Después de examinar las esferas inscritas de los aparatos de control, percatándose de la buena marcha del platillo, Te-Lia pasó a la cámara vecina, echando una curiosa ojeada a los «A-képhalos» que completamente inmóviles seguían absorbiendo las sustancias nutritivas encerradas en donde tenían metidos los pies.

Sin ningún temor, la muchacha se acercó a ellos y acarició sus amplias y musculosas espaldas obteniendo que la respiración, que se hacía por branquias dorsales, se acelerase, única demostración de placer que aquellos seres podían manifestar a su dueña.

Ella examinó detenidamente y con ojo experto las tres ranuras inclinadas que cada uno de ellos tenía en ambos costados a la altura de las últimas costillas, comprobando que el ambiente estaba un poco enrarecido para ellos, ya que los bordes carnosos de las branquias estaban algo secos.

De un paso rápido y elástico, avanzó hasta el graduador de humedad, aumentando rápidamente ésta. Los «A-képhalos» ampliaron notablemente el tamaño de su ya atlético tórax.

Pasó de nuevo la joven a su cámara particular, observando a través del tremendo parabrisas de plástico que cubría toda la parte anterior de la astronave, la estrellada negrura del cielo y allí abajo, iluminada parcialmente por un sol que permanecía oculto para la marciana, la esfera azulada del Tercer Mundo.

Sonrió sintiéndose completamente feliz de ser el primer habitante de su mundo que visitase aquel otro.

Las instrucciones que había recibido de Pro-Tel, el poderoso ordenador de Marte, eran solamente las de observar, lo más cerca posible, a los habitantes del nuevo planeta y ver si era posible, en el mejor de los casos, de entrar en relación con ellos.

El grado de inteligencia de los terrícolas, matemáticamente calculado por Pro-Max, permitía, según él, establecer esas tan deseadas relaciones amistosas entre los dos mundos y que no dejarían de ser altamente beneficiosas para los habitantes de ambos planetas.

Horas más tarde, cuando el «Platillo Volante» rasgó con un silbido escalofriante al tiempo que aumentaba la temperatura de su superficie por el frotamiento la capa atmosférica terrestre, la marciana, tras adaptar los mecanismos de enfriamiento y lanzar una ojeada a los «A-képhalos» para aumentar la humedad de su cámara, Te-Lia se aproximó hasta pegar su rostro al plástico del parabrisas, lanzando una ansiosa mirada hacia lo que de un momento a otro, cuando la densa capa de nubes se rasgase, aparecería ante sus maravillados ojos.

En efecto, segundos después, la larga y afilada forma del continente americano, bruscamente curvada en el golfo de Méjico y casi rota en el istmo de Panamá, apareció ante ella.

Pero, mucho más que las tierras cuya forma era extrañamente curiosa, lo que llamó poderosamente su atención desde el principio fue la superficie azulada del mar, su inmensidad emocionante para los ojos de una marciana que jamás había visto cosa semejante.

—¡Qué mundo más maravilloso! —exclamó a media voz.

Luego su atención fue requerida por los aparatos de alarma que sonaban intermitentemente en su cabina, anunciándole que el aparato perdía altura rápidamente.

Después de frenar el impulso del «platillo», la joven abrió un armario sacando de uno de los estantes un mapa de América, obtenido por una astronave enviada precedentemente. Colocó después el mapa sobre el «visor» del piloto automático, centrando las coordenadas del mismo en un punto de los alrededores de San Antonio de Tejas. Luego pulsó un mando y se dejó caer sobre su cómodo sillón funcional.

Con los ojos semicerrados gozó de la caricia del sol que penetraba a raudales por la cúpula de su aparato. Jamás habla experimentado una

sensación tan agradable que no podía compararse a la que se obtenía en las grandes ciudades marcianas por la artificial producción de radiaciones ultravioleta.

Otro silbido la previno que se estaba acercando al punto de los Estados Unidos que había elegido. Incorporándose lanzó una ojeada a las tierras que allá abajo, a seis mil metros ofrecían un aspecto uniforme, debido a la llanura del territorio tejano.

Te-Lia estaba dispuesta a esperar la noche para hacer su primera incursión al planeta. El conocimiento que poseía de la lengua y de las costumbres podían serle de una gran utilidad. Así, después de lanzar una última y emocionada mirada a la tierra, pensó que lo mejor sería esconder la astronave entre las nubes.

Fue en aquel preciso instante, al ir a retirarse hacía los mandos, cuando vio acercarse al «platillo» a una gran velocidad, varios aparatos voladores que dejaban en su pos un negro trazo de humo.

Te-Lia comprendió en seguida que se trataba de máquinas voladoras de los terrícolas que deseaban atacarla o al menos cogerla prisionera. Convencida plenamente de que su astronave era mucho más rápida que aquellos curiosos aparatos, se lanzó hacia las nubes seguida por aquella furiosa jauría cuyos motores producían un tremendo escándalo.

De momento y gracias al formidable impulso que había dado a su astronave, la marciana consiguió alejarse de sus hostiles enemigos, viéndose completamente envuelta por una densa capa de nubes.

Estaba plenamente convencida de que sus perseguidores habían perdido totalmente su pista; pero, al comprobar que una multitud de pequeñas partículas chocaban contra la ultrasensible superficie del «platillo», fenómeno que se reflejó en uno de los aparatos de a bordo, Te-Lia se percató de que aquellos curiosos habitantes del Tercer Mundo conocían también el radar. Iban a aumentar la velocidad de sus astronaves cuando de una nube cercana y a una velocidad increíble, brotó una de las máquinas voladoras de los terrícolas.

A pesar de intentarlo, a partir de aquel instante no pudo sacar la delantera que hubiese deseado y el aparato humano se pegó materialmente al «platillo», siguiéndolo con una obstinación desesperada.

La marciana se asustó. Por primera vez y desde que había llegado al nuevo planeta, se dio cuenta de que las cosas no iban a ser tan fáciles

ni mucho menos como le habían parecido al principio.

Viéndose incapaz de maniobrar bajo aquella crisis nerviosa y después de contemplar, con un sentimiento que rayaba en el terror, el aparato que seguía avanzando decididamente hacia ella, oprimió el botón de su desintegrador que por otra parte había ya funcionado completamente solo y apuntaba, desde hacía tiempo, a la nave enemiga.

El avión humano explotó en el aire, reduciéndose a mil pedazos, que salieron lanzados en mil distintas direcciones.

Te-Lia lanzó un suspiro, sintiendo que su ser recuperaba rápidamente la tranquilidad; luego, ya completamente dueña de sí, aumentó considerablemente la velocidad de su astronave, alejándose de aquellas tierras y con el deseo de probar fortuna mucho más al norte.

Durante el trayecto, que procuró fuese lo más largo posible, fue hilvanando una nueva táctica para poder, por fin, entrar en contacto con los habitantes de aquel mundo y cumplir así la misión que Pro-Tel le había encomendado.

Al atardecer, después de haber visitado por mera curiosidad uno de los casquetes polares del Tercer Mundo, regresó hacia los Estados Unidos, permaneciendo a gran altura hasta que llegaron las protectoras tinieblas de la noche.

Aterrizó en las afueras de una gran ciudad potentemente iluminada. Una vez que su aparato se posó sobre la dura superficie de aquel planeta, Te-Lia permaneció largamente atenta, sin osar separar sus manos de los mandos que a la menor presión harían que el «platillo» se lanzase vertiginosamente al espacio en una vertical impresionante.

Las antenas acústicas que hizo emerger de la cúpula metálica de la astronave captaban una multitud de ruidos y sonidos que le eran completamente desconocidos. Aumentando la potencia receptora de aquellas antenas, llegó a recibir el estruendoso estrépito de la ciudad vecina, maravillándose de la manifestación de actividad que aquello significaba.

Finalmente, por completo tranquilizada, la muchacha se levantó de su sillón funcional y se dirigió a la cámara donde se hallaban los “A-képhalos». Éstos, ahítos ya de sustancias minerales, tenían sus radiculares y monstruosos pies fuera del recipiente terroso del suelo.

—Venid —les ordenó mentalmente la marciana.

Se levantaron al unísono, destacando sus altas figuras y jugando, con la luz indirecta de la cámara, los brillos de sus grupos musculosos que sobresalían potentemente bajo la piel blancuzca que cubría sus cuerpos.

Una vez fuera del «platillo», la joven, seguida de sus decapitados ayudantes, avanzó en la noche, sin saber mucho hacia dónde. Por precaución, ya que la experiencia de las naves terrenas la tenía hondamente preocupada, llevaba en la mano su lámpara de luz electrónica interruptora.

La ciudad brillaba allá en el fondo del horizonte como si los hombres hubiesen creado una ficticia constelación cuyos reflejos fuesen visibles a ras de tierra.

Te-Lia avanzó dulcemente por un camino secundario, preguntándose si aquella vez, al menos, tendría suerte. Estaba dispuesta, al hallarse ante alguna criatura del Tercer Mundo, a hablarle en su propio lenguaje y con delicadeza para que el encuentro no despertase su desconfianza.

Acababa de ascender sobre una loma cuando descubrió de golpe una hermosa construcción, cuya puerta se abrió en aquel preciso instante para dar paso a un ser, muy parecido a los «Képhalos-5» de Marte y que subió a un vehículo situado bajo una especie de hangar casi completamente descubierto.

Los focos del coche perforaron la oscuridad, cayendo de lleno sobre Te-Lia y sus ayudantes.

Los movimientos del hombre, a partir de aquel instante, fueron precipitados pero decididos. Bajó del vehículo, dejando la puerta abierta y los focos encendidos y corrió hacia la casa de donde, poco después, salía empuñando un objeto que Te-Lia intuyó se trataba de un arma destructora.

Por ello y movida por un estímulo inconsciente de defensa, la marciana oprimió a tiempo su lámpara electrónica enfocando a su vez al desconocido.

La ráfaga se estrelló, en su mayor parte, contra la muchacha; pero, desdichadamente, algunos de los proyectiles, con trayectorias más tangentes que los demás, pasaron por los limitados bordes del cono de electrones y uno de ellos penetró profundamente en el pecho de uno de los «A-képhalos».

Te-Lia sintió el terrible choque de la bala contra el cuerpo del marciano y retrocedió asustada, ya que no había tenido la precaución de coger ninguna de las armas de la astronave por consejo de Pro-Tel, quien deseaba establecer con los terrícolas relaciones amistosas.

Durante el regreso a la astronave, después de haber escapado al cono de luz lechosa que brotaba del vehículo del humano, la muchacha hubo de realizar un esfuerzo mental constante para obligar al «A-képhalos» a que la siguiese.

Luego; cuando estuvo dentro del «platillo» en compañía de los otros, se percató en seguida de que el herido estaba muy grave y que no duraría mucho.

Hizo lo posible por salvarlo, pero todo« sus esfuerzos fueron inútiles.

CAPÍTULO III

Cuando el aparato de la marciana hubo alcanzado, una altura que le garantizaba una libertad completa de acción, Te-Lia se puso el casco que le cubría completamente la cabeza y entabló una larga conversación «mental» con su lejano planeta de origen.

Pro-Tel recibió el largo mensaje que ella le envió, dándole después las instrucciones decisivas. La muchacha se convenció de que el «Képhalos-3» estaba seriamente incomodado con ella y se sintió, lejos de su mundo, tremendamente desdichada.

Pero, siendo en los marcianos más potente el raciocinio que lo emocional, no tardó en considerar simplemente su nuevo deber, preparándose para llevarlo a cabo. Se dio cuenta de que a su pueblo debía interesarle sobre todas las cosas encontrar el camino para entablar una duradera amistad con los habitantes del Tercer Mundo y por poco que pensó no pudo menos de percatarse de que tal interés residía en la exuberancia de líquido que había en aquel planeta y que desdichadamente tanto escaseaba en Marte.

Como siempre, Pro-Tel le aconsejó que utilizara la noche, prohibiéndole en absoluto que se hiciese acompañar por los «A-képhalos», cuya presencia parecía haber irritado tanto a los humanos.

Por otra parte, las órdenes que acababa de recibir eran tajantes y debía, una vez abandonada la astronave, devolverla al planeta de origen, siendo ésta la única manera, según el potente Pro-Tel, de que se viese obligada a convivir con los habitantes de aquel astro, ya que los suyos no entrarían en contacto con ella hasta un año después.

Te-Lia razonó estupendamente bien, comprendiendo en seguida que el «Képhalos-3» la había castigado por su poca afortunada manera de entrar en contacto con los terrícolas, uno o varios de los cuales había muerto, exponiendo así desdichadamente la iniciación de las tan deseadas relaciones amistosas.

Al atardecer del día siguiente, sin un parpadeo de temor, la marciana hizo que la astronave se dirigiese a aquel mismo país que había abandonado tan precipitadamente la noche anterior, posando el «platillo» sobre un llano desolado y completamente desierto.

Lanzó, antes de descender de la astronave, una última mirada a la cabina, donde acababa de poner en marcha el mecanismo automático que devolvería el «platillo» a Marte. Después, cuando se posesionó de la linterna electrónica y de una cantidad de pastillas bio-estimulantes, suficiente para el año de estancia forzosa en el Tercer Mundo, cerró cuidadosamente la puerta externa, separándose un poco del aparato y permaneciendo inmóvil hasta que éste salió disparado velozmente hacia las insondables negruras del espacio.

Completamente sola, empezó su marcha…

No sentía emoción alguna, sino una curiosidad creciente por lo que sería el primer encontronazo con una de aquellas criaturas que, hasta entonces, la habían recibido de tan poca amistosa manera.

Indudablemente, una de las cosas que podía alarmar a quien la viese era la rara manera de que iba vestida. Aquello le preocupó bastante, pero al no hallar solución alguna que la satisfaciese prefirió despreocuparse, al menos por el momento, de ello.

Siguió avanzando por un terreno ondulado y mucho más blando que las rocosas rutas de los amplios desiertos marcianos. Su espíritu deductivo llegó en seguida a la lógica conclusión de que las vetas de agua debían existir en gran profusión en el subsuelo y que plantas y animales deberían forzosamente abundar en el Tercer Mundo.

En Marte, donde la vida era casi puramente artificial, la falta de agua había extinguido todas las especies, excepto las de los seres superiores e inteligentes.

Súbitamente un sonido que iba aumentando en un rapidísimo «in crescendo» la hizo detenerse y buscar automáticamente el tronco de un árbol tras el que se ocultó prestamente. Momentos más tarde, un vehículo, lanzado a una velocidad espantosa, aparecía en la recta de la carretera, iluminando el árido paisaje con la amarillenta luz de sus faros.

Cuando, media docena de segundos después, los neumáticos del vehículo chirriaban, emitiendo un agudo lamento, Te-Lia no llegó a comprender hasta después lo que estaba ocurriendo.

El vehículo, cuyo sentido de la marcha parecía haberse invertido completamente, inició, casi inmediatamente una serie de violentas cabriolas, lanzándose fuera de la carretera y yendo a estrellarse contra el árbol tras el que se había ocultado la marciana.

Ésta, en la última décima de segundo, tuvo la suficiente presencia de espíritu para recordar que no había soltado de la mano derecha la lámpara electrónica y, más por telepatía que por instinto de conservación, oprimió el botón salvador.

Encontrando en su loca carrera por el aire una barrera perfectamente invisible, chocó contra ella mucho más violentamente que lo hubiese hecho contra el árbol.

Finalmente, el coche, con las ruedas hacia arriba, empezó a arder como una tea.

Algunos objetos, por efectos del violento encontronazo con la barrera electrónica que habla protegido a Te-Lia, habían salido despedidos fuera del coche, pero la marciana no se movió de detrás del árbol, contemplando horrorizada la ardiente antorcha en que estaba convirtiéndose el auto.

Durante algún tiempo, Te-Lia, sin poder separar su mirada de las llamas, permaneció como bajo los efectos de una extraña hipnosis; luego, cuando no quedaba del vehículo más que un informe montón de hierros retorcidos, salió prudentemente, reconoció la amplitud de la catástrofe y movida después por una irresistible curiosidad, fue recogiendo y examinando los heteróclitos objetos que el choque había esparcido por el suelo.

Descubrió una pequeña maleta y para abrirla tuvo que descerrajarla. Su sorpresa no tuvo límites, ya que por vez primera tenía entre sus manos una colección completa de todo lo que podía servir a una mujer para vestirse.

A pesar de que su instinto femenino se hallaba embotado por miles de años de civilización marciana y que en el fondo de su corazón se avergonzaba un tanto por experimentar placer ante aquellas telas, que solamente hubiesen llamado la atención a las hembras de los «Képhalos3» —únicas destinadas a la reproducción de la especie—, Te-Lia no dejó por eso de sentir una felicidad extraña mientras acariciaba las finas prendas que debían haber, pertenecido a alguno de los desdichados ocupantes del vehículo.

Pero su espíritu racional y eminentemente práctico tomó otros derroteros cuando registró minuciosamente un bolso de mujer en el que encontré para su misión datos mucho más importantes que las prendas que acababa de examinar.

Leyó una serie de documentos y algunas cartas, una de las cuales le llamó poderosamente la atención.

Distinguida miss Shiley:

Tengo el placer de comunicarle que ha sido usted elegida entre todos los candidatos presentados, para ostentar el cargo de secretaria en la Empresa que dirijo. Por lo tanto me apresuro, según convenimos, a enviarle el importe del billete hasta Nueva York y cien dólares para otros gastos, éstos en concepto de anticipo, que podremos ir descontando a su mayor comodidad.

Esperando que efectúe un buen viaje, reciba mis respetuosos saludos.

H. G. Harvey

W. 72 Street, 125 th., Manhattan. Nueva York.

La marciana releyó varias veces el interesante contenido de aquella carta, percatándose de la importancia que para ella podía tener tal coincidencia. Después, dispuesta a llevar a cabo su cometido y

aprovechar por completo la suerte que se ofrecía, se vistió con la ropa de la maleta, siguiendo las instrucciones de una fotografía que se hallaba en el bolso y que destruyó después de haberse servido.

Al guardar de nuevo muchos objetos en el interior del bolso, se sintió un tanto desconsolada al no comprender la utilidad de muchos de ellos; pero en realidad la fotografía solamente le había ayudado a colocarse las prendas exteriores de manera a no llamar excesivamente la atención.

Los vestidos de la víctima le iban bastante bien, pero la marciana se encontraba molesta y los primeros instantes se movió con gran dificultad. Sobre todo los zapatos, que le venían algo justos, no poseían las comodidades que las elásticas botas que acababa de quitarse.

Tanto el mono de «pato-plastic» que llevaba, como las botas, de la misma sustancia, perfectamente inalterables ante cualquier reacción química, fueron hechos un paquete y guardados en el fondo de la maleta. Después, Te-Lia llegó a la conclusión de que debía alejarse cuanto antes de aquellos parajes y empezó a andar por la carretera en dirección hacía el norte.

Tampoco llegaba a explicarse demasiado bien la significación de los multicolores papeles que llevaba en el bolsillo, aunque intuía por la carta que había leído tan atentamente que «aquello» no podía ser más que los «dólares» y que en el Tercer Mundo debía ser obligatorio «pagar» para poder moverse, vivir y alimentarse, costumbre que en Marte había desaparecido totalmente hacía muchos siglos.

Aunque su disfraz le proporcionaba una relativa tranquilidad, las emociones y los peligros recientemente pasados no habían terminado de evitar una cierta desconfianza que le obligaba a llevar escondida en la mano derecha la lámpara electrónica, dispuesta a emplearla en cuanto fuese necesario.

Llevaba media docena de minutos andando cuando oyó perfectamente el ruido de un nuevo vehículo que se acercaba. Por un instante estuvo a punto de esconderse; pero, reaccionando mejor, optó por seguir su camino, dispuesta a mostrarse completamente indiferente a los acontecimientos que ocurriesen a su alrededor como imaginaba hubiese hecho cualquier habitante de aquel planeta.

Momentos más tarde un enorme camión frenaba a su lado:

—¡Eh, muñeca! ¿No estás cansada?

Te-Lia debió hacer un poderoso esfuerzo para interpretar aproximadamente las palabras que le eran dirigidas, no por la dificultad de entenderlas, ya que las había comprendido perfectamente, sino por saber lo que habría de contestar.

—Sí —repuso tranquilamente—, estoy muy cansada.

—¿Hacia dónde vas?

—A Nueva York.

—Puedes subir.

La marciana no se hizo repetir la orden y saltó ágilmente al interior de la cabina. El conductor la miró con curiosidad.

—Oye, no serás tú la única que ha escapado con vida del accidente que he visto un poco más abajo, ¿verdad?

—No —repuso Te-Lia prudentemente—. Yo no he visto ningún accidente.

Fue el propio chófer el que encontró la explicación a aquella extraña situación.

—¡Ya comprendo! —exclamó mientras ponía el coche en marcha—. Te habrás subido en un «Cadillac» sin encomendarte a nadie y el dueño... ¡Todos son iguales! ¡Una buena banda de cerdos que en cuanto ven unas faldas! Conmigo no tengas cuidado, preciosa.

Apretó el acelerador a fondo, lanzando el pesado vehículo a una carrera alocada. Durante un buen rato permanecieron en silencio.

—¿Es la primera vea que vas a Nueva York? —inquirió él.

—Sí; es la primera.

El chófer entornó los ojos, sonriendo a medias.

—¡Es una gran ciudad! Muchos la detestan, pero yo la amo con toda mí alma. Nací allí y allí me crie, en el Bronx, un barrio mucho más simpático y sincero que Manhattan.

—Yo voy a Manhattan. ¿Cómo es?

—Una enorme casa de locos con muchos pisos. No viviría allí por todo el oro del mundo. ¿De qué vas a trabajar?

—De secretaria de un tal Harvey.

—¿Harvey? Conozco docenas que tienen ese nombre. Eso es lo que ocurre en Nueva York. Hay tipos de todas las clases y cuando te presentan a alguien no sabes nunca si acabas de conocer a un policía, a un bandido o a tu propio asesino.

No detuvo el camión el conductor hasta bien entrada la mañana. Cuando lo hizo, Te-Lia se percató de que habían penetrado en una pequeña ciudad.

—¡Vamos a comer, compañera!

—Yo no tengo apetito.

—Eso dicen todas; pero te aseguro que no podré pagarte ningún plato de a dólar.

—No hace falta; llevo yo dinero y puedo invitarle.

El chófer lanzó una exclamación un tanto desabrida. Nunca le había ocurrido una cosa semejante, y a partir de aquel momento trató a la viajera accidental de otra forma.

Verdaderamente Te-Lia temblaba de pies a cabeza al entrar al restaurante. El solo olor que provenía de la cocina le daba náuseas y cuando empezaron a servir lo que el conductor había pedido, hubo de hacer un poderoso esfuerzo para no salir corriendo.

¿Cómo era posible que aquellos habitantes del Tercer Mundo estuviesen tan atrasados como para devorar todas aquellas inmundicias?

Su fino olfato percibió el repugnante e inconfundible olor a cadaverina que brotaba de los platos, toscamente camuflados con otras sustancias que sin duda alguna habían sido puestas para disfrazarlo.

—Me voy; no tengo apetito y prefiero esperarle en el camión.

—Pero…

—Le agradezco mucho su invitación, por lo que le ruego que permita que pague yo.

—¡Eso nunca!

—No se enfade. Usted me hace un gran favor llevándome hasta mi

destino. Se lo suplico.

Ella llamó al camarero y abonó el importe de ambas comidas. El empleado la miró, medio ofendido, medio divertido.

—¿Es que no le agrada la comida de esta casa, señorita?

—No, al contrario; pero me encuentro indispuesta.

Salió fuera y respiró con fruición el aire de la mañana. Estaba por otra parte tremendamente contenta de comprobar que nadie se había dado cuenta de su real personalidad. Luego, lentamente, se dirigió al camión y subió a la cabina.

Tomó una pastilla de las que llevaba en el bolso y que calmaría su apetito durante veinticuatro horas; después, como de costumbre, masticó aquella sustancia que los marcianos habían ideado para conservar la dentadura impecable durante toda la vida.

Volviendo a recordar el contenido de los platos que el chófer debía devorar con manifiesto placer, comenzó a explicarse la irritabilidad de aquellos seres, su nerviosismo constante y el pálido tono de sus pieles, así como el brillo febril de sus pupilas.

«Están completamente intoxicados —pensó—, y no creo que puedan vivir mucho tiempo. Tendré que informarme sobre ello, pero casi estoy segura de que no llegan al siglo y medio de este planeta.»

Ella contaba ya doscientos treinta años de Marte, lo que en años terrestres significaba una cifra bastante más elevada.

Cuando él chófer regresó, ella notó en seguida la congestión de su rostro, el patológico sudor que le producían las sustancias nocivas que había ingerido, la torpeza que se reflejaba en sus pupilas, una torpeza mental fácilmente explicable por la cantidad de toxinas que nadaban en aquel instante en las arterias del chófer.

Pero lo que más extraño a Te-Lia fue el olor a alcohol que brotaba de la boca de su circunstancial compañero.

No pudo evitar la curiosidad y le preguntó:

—¿Qué ha bebido usted?

—Un buen vaso de «gin»; no hay nada como eso para hacer una buena digestión.

—No debe hacerlo nunca más.

Él, que había embragado ya, se volvió y miró curiosamente a la muchacha.

—¿Pertenece usted, por casualidad, al Ejército de Salvación?

—No sé lo que es eso.

—Es usted un poquito rara. De todas formas, le agradezco que se preocupe por mi salud; desdichadamente es un poco demasiado tarde.

Puso el vehículo en marcha y salió disparado, permaneciendo largo tiempo callado. Después, deteniéndose en lo alto de una cuesta contra la que acababa de luchar denodadamente, encendió un cigarrillo.

—No le molestará que fume, ¿verdad?

—No.

El humo del cigarrillo le pareció agradable, pero no dijo nada, profundamente preocupada por lo que le reservarían las horas venideras.

Estaba dispuesta a trabajar de firme para obtener una alianza con aquellos extraños seres, pero algo intuitivo le prevenía, avisándole de que su proyecto no iba a ser nada fácil. Por otra parte hubiese deseado hacer algunas interesantes preguntas al chófer, que seguía fumando tranquilamente a su lado, pero el miedo a causar demasiada extrañeza la contuvo definitivamente.

Al llegar a Nueva York no pudo por menos de maravillarse de la grandiosidad de la ciudad. Ya desde lejos, el conductor detuvo su vehículo, en un altozano y señalando la urbe:

—¿Qué le parece mi pueblo, encanto?

—Precioso —repuso ella sinceramente.

Nada de aquello podía recordarle las sencillas y clásicas líneas de los edificios marcianos, generalmente de poca altura y de gran extensión. Aquellas inmensas torres que contemplaba ahora eran distintas en todo a lo que los de su planeta consideraban como belleza arquitectónica.

Te-Lia comprendió que todo aquello debía ser el producto de una ambición muy relacionada con el método de vida de los terrícolas,

aunque conocía aún muy poco para poder emitir un juicio definitivo.

El camión se había deslizado por una amplia autopista y penetrado en la ciudad por una hermosa avenida. Puentes y arcos por los que corrían otros vehículos daban un aspecto fantástico a la inmensa urbe.

Cuando el vehículo se detuvo, la joven comprendió que había llegado al término de su viaje.

—¡Bueno, preciosa! Ahí tienes el «metro», que te llevará a Manhattan.

Estrechó calurosamente la mano que le tendía el simpático conductor.

—¡Ha sido usted muy amable!

—¡No merece la pena! Además, casi me ha convencido y le prometo que beberé menos «gin» de aquí en adelante.

Ella siguió al pesado vehículo cuando éste se alejaba. Después descendió por las escaleras del metro dispuesta a seguir su maravillosa aventura.

CAPÍTULO IV

Desde un ángulo de la estancia, Harry G. Harvey escupió prestamente la bola de chicle acertando matemáticamente en la escupidera.

—¡No fallas una! —exclamó Salomón a su lado. Harry sonrió mostrando una dentadura en la que abundaban las piezas doradas; luego mientras se peinaba el bigote:

—Espera, no la hagas pasar en seguida. ¿Es bonita?

—¡No está mal!

—Después de todo, lo que nos interesa es que valga, pero no sería un estorbo el que fuese al mismo tiempo una preciosidad. ¿Cómo es?

—No sé qué decirte. Indudablemente no está del todo mal; quizá la cabeza un poco grande y una mirada demasiado tranquila para fiarse mucho.

—¡Siempre serás la misma calamidad en asuntos de mujeres, Salomón! Eres menos sensible al sexo débil que una piedra de las canteras donde trabajamos juntos.

—¿Para qué recordar tiempos pasados, jefe? En cuanto a las mujeres, prefiero, por mucho menos venenoso y perjudicial, el «whisky».

—¡Allá tú!

Se contempló de nuevo en el espejo, sonriendo complacido.

—Hazla pasar y quédate fuera.

—No tengas miedo. Prefiero irme a beber un trago; es mucho más saludable.

Atravesó la estancia, un despacho demasiado limpio y elegante para ser un lugar de trabajo, empujando con el pie la puerta acristalada. Momentos más tarde volvía a aparecer.

—¡Miss Shiley, patrón!

—Que pase.

Salomón se hizo a un lado, dejando pasar a Te-Lia, que penetró con desparpajo en el despacho, lanzando una mirada interrogativa al que iba a ser su jefe.

—¡Siéntese, miss Shiley! ¡Tome asiento! ¡Póngase cómoda!

La marciana se dejó caer en uno de los sillones, encontrándolo tremendamente incómodo. Con una sonrisa recordó los asientos funcionales de Marte. Construidos en «neo-flex» se adaptaban a la forma del cuerpo, ciñéndose a su alrededor y creando una sensación de bienestar insuperable; además, una serie de conductores internos graduaban la temperatura y el grado de humedad, proporcionando un descanso normalmente fisiológico.

El hombre le alargó su pitillera.

—¿Fuma usted?

—No, ahora no, muchas gracias.

Desconfiaba de todo lo que los terrícolas consumían por pura vanidad. Y también el miedo a intoxicarse jugaba un cierto valor en su negativa.

—¿Ha hecho un buen viaje?

Los ojos calculadores de Harwey recorrían el cuerpo de la muchacha con un desvergonzado desenfado. Te-Lia, incapaz, por su categoría de «Kephalos-3», de experimentar rubor alguno, ya que no acertaba a adivinar el sentida de aquellas miradas, repuso:

—He hecho un espléndido viaje, mister Harwey

—¡Cuánto me alegro! En realidad, puede tomarse un par de días de descanso, si los necesita.

—Muchas gracias, pero me encuentro perfectamente. Puedo empezar a trabajar inmediatamente.

—¡Así me gusta! La mujer moderna ha de ser tan activa como el hombre. ¿Sabe lo que va a ganar?

—Sí, doscientos a la semana.

—Perfectamente. No obstante, si desarrolla bien su trabajo, podré aumentar sus emolumentos en seguida.

—¿En qué consistirá mi trabajo, míster Harwey?;

—Es un poco difícil de explicar así… tan de repente. Sobre todo, deseo que lleve mis cuentas con detalle. Hasta ahora, nunca he podido conocer las cifras exactas de mis negocios. ¡Ya verá usted qué fácil es!

Fue a decir algo, pero el teléfono le interrumpió. La marciana no dejó de observar los primitivos aparatos que los terrícolas utilizaban para comunicarse entre sí.

Después de conversar unos instantes, Harry frunció el entrecejo.

—¡Espera un momento, Patt; enseguida voy!

Se volvió hacia su nueva secretaria, mostrándole su dentadura excesivamente áurea.

—Si tiene ganas de trabajar, miss Shiley, va a empezar ahora mismo ——cogió un bloc de la mesa—. Tome esto y en marcha.

Ella metió el cuadernito en su bolso, sonriendo mientras su jefe se hacia a un lado para que saliese de la estancia. Al pasar por el «hall», el gigantón que la había recibido, hizo un guiño a míster Harvey.

Te-Lia no comprendió el sentido de aquella extraña mueca,

Diez minutos más tarde, el poderoso vehículo de su nuevo jefe se detenía en una callejuela infecta del barrio portuario.

Un hombre que indudablemente les estaba esperando a la entrada de una especie de tabernucha se adelantó hacia el coche, apresurándose a abrir la portezuela.

—¡Hola, jefe!

—¡Hola, Patt! Esta señorita es mi nueva secretaria. Se llama Shiley.

—¡Encantado, miss Shiley!

—Lo mismo digo, Patt.

—¿Dónde está Torelli?— inquirió Harry.

—Ahí dentro. Nos está esperando.

—Vamos.

Penetraron en el tugurio cuyo desagradable olor molestó tremendamente a la marciana. Al final de una sombría y estrecha estancia, sentado ante una mesa repleta de botellas y vasos sucios había un hombre de unos cincuenta años, medio calvo y con un bigote en el que la nicotina había dejado una intensa huella amarilla.

Se sentaron a su lado.

—¿Qué cuentas, Torelli? —inquirió Harwey.

—Lo que tú digas.

Harry emitió un gruñido singular; luego, volviéndose a Patt:

—¿Cuánto nos debe éste?

—Dos mil pavos.

El rostro del italiano se enrojeció aún más.

—¡Eso no es verdad! —gritó—. He contado bien y no os debo más de mil doscientos. Eso es, sólo mil doscientos.

La mano diestra de Harry se posó pesadamente en el hombro del viejo.

—No me gusta que me traten de embustero, Pietro.

—¡Haz tú mismo la cuenta y verás como no me equivoco!

—¿Hacer yo mis cuentas? ¿Para qué tengo entonces una secretaria tan bonita? ¿No es verdad, miss Shiley?

—¿Qué he de hacer? — inquirió la muchacha.

—Saque el cuaderno y vaya anotando cantidades,

—No es necesario; pueden empezar cuándo quieran.

Patt empezó a citar cifras y más cifras, sin dejar de contemplar, con una sonrisa burlona a aquella muchacha que indudablemente se las quería dar de lista.

Dos minutos más tarde, cuando hubo dejado de citar las partidas, dijo con énfasis:

—Ahora debe hallar el treinta por ciento.

—¡El quince! —protestó el italiano,

Harry le lanzó una mirada asesina; pero, sin embargo, al hablarle utilizó un tono de voz falsamente meloso e incisivo cómo la punta de un cuchillo.

—¿Es que no sabías, amigo mío, que habíamos aumentado el tanto por ciento? No creo que un treinta sea demasiado...

—¡Es un robo, Harwey! Y serás tú el que salga perdiendo. Todos te dejaremos por Coll.

—¿Quiere decir que os iréis con ese cobarde? ¡No me hagas reír, Torelli. Si eso ocurre, las consecuencias sarán funestas para ése aprendiz.

El italiano se encogió de hombros.

—Termina de hacer la cuenta; voy a pagarte.

—Eso está mejor. —Se volvió hacia la secretaria—: ¿Ha calculado ya el total, con el treinta por ciento, señorita?

—Si. Son dos mil doscientos con ochenta y cuatro centavos.

Harwey la miró con asombro.

—¿Cómo es posible?

Pero el italiano le interrumpió.

—¡No me fío! Hace un rato Patt me pedía dos mil pavos y ahora resulta que es más. ¡Voy a hacer yo mismo la cuenta!

Empezó, trabajosamente, a alinear cantidades en un viejo papel de envolver que le habían dejado. De vez en cuando chupaba glotonamente la sucia punta del lapicero. Finalmente, después de trabajar un buen rato, suspiró:

—Es verdad. Son dos mil doscientos con ochenta y cuatro centavos.

Miraba, con los ojos muy abiertos, a la muchacha.

Sacó los billetes, los contó varias veces, acabando por entregárselos a Harvey.

—¡Lástima de muchacha!

Harwey le amenazó con la mano.

—¡No te metas en lo que no te importa! ¿Entendido? Vamos, miss Shiley.

Una vez en el coche, que esta vez conducía Patt, Harry se volvió hacia la marciana.

—Ahora, sin trucos, por favor. ¿Cómo lo ha hecho?

—¿A qué se refiere?

—A contar sin hacer números. El viejo Torelli es un tío muy listo y ha tardado un buen rato en totalizar, mientras usted lo ha hecho en segundos. ¿Cómo se las arregla?

—Es la costumbre. Además, es una cosa muy fácil. Se trata de cálculos elementales.

Echándose el sombrero hacia atrás, Harwey se rascó los escasos cabellos que le quedaban.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —Luego, emitiendo un suspiro—: ¡Es igual! Lo bueno es que me he hecho de una secretaria que es un

verdadero fenómeno.

* * *

Te-Lia luchó desesperadamente por comprender a aquellos curiosos seres; pero, durante las primeras semanas, le fue completamente imposible.

Pronto descubrió que, al igual que las antiguas civilizaciones marcianas, los terrícolas se servían de libros para exponer sus ideas o estudiar cualquier asunto interesante. Desconociendo la excelencia de las máquinas «mnémicas» que abarrotaban las salas del Uno, el Supremo y que podían encontrarse igualmente en muchos salones de las ciudades de Marte, los hombres se veían obligados a utilizar medios que los marcianos habían relegado al olvido.

Gracias a los libros fue enterándose de muchas cosas que la sorprendieron enormemente. Así supo que el Tercer Mundo estaba dividido en muchas partes y que cada una de ellas poseía una autoridad especial y hasta una lengua que le era particularmente idónea.

Con una gran alegría Te-Lia descubrió, finalmente, la existencia de un organismo superior en el que estaban representadas la mayor parte de lo que los hombres llamaban «naciones». Desde entonces pensó que habría de dirigirse más tarde o más temprano a la ONU.

Pero, por el momento, deseaba estudiar más profundamente las costumbres de los humanos, y para ello prosiguió prestando los servicios en las originales y elegantes oficinas que regía Harry G. Harwey.

Éste, maravillado por las extrañas dotes de su secretaria, la invitaba a todas las reuniones, haciendo de ella una especie de curioso atractivo circense, del que sacaba una espectacular satisfacción.

——¡Venga, venga! Otro caballero o señora que desee perder unos cuantos «pavos»...

Sus amigos, que ya conocían la rara habilidad de aquella secretaria, llevaban de sus casas, previamente preparadas, difíciles y larguísimas operaciones, montones tremendos de cifras que tardaban en reclamar

muchos minutos.

Pero, fatalmente para ellos, la secretaria de Harry no fallaba nunca, y las exclamaciones de entusiasmo duraban siempre un buen rato después de cada nuevo éxito.

Una noche, los habituales de las ruidosas reuniones que se celebraban en la terraza del piso ochenta y dos de uno de los más lujosos rascacielos de la ciudad —Uno de los numerosos pisos de Harwey—, se extrañaron de ver a un viejo, elegantemente vestido, pero con un aire de distracción que no dejó de llamar la atención a los asistentes.

—¿Has sido tú el que ha invitado a ese pájaro raro? —preguntó Patt a su jefe.

—No. Ha sido Cowerley que lo ha traído para vencer a Shiley. Quiere apostarse diez mil pavos...

—Ten cuidado, patrón. Esto me huele a trampa.

—¿Porqué?

—Porque ese «lagarto» me parece que lo he visto retratado en un periódico.

¿Y qué quiere decir eso? ¡También yo he salido muchas veces en los periódicos y no sé apenas sumar!

—No es igual. Ese tipo, sí no me equivoco, es un sabio, y va a dejar a tu secretaria en el peor de los ridículos.

—¿Me tomas por un idiota? No jugaré ni un solo centavo sin consultar a la muchacha. Voy a hablar con ella ahora mismo.

Dejando a Patt?, que se encogió dé hombros, Harwey atravesó el salón, acercándose al grupo en cuyo centro estaba la marciana.

—¡Miss Shiley, por favor!

La joven, sonriendo a sus admiradores y admiradoras, se abrió paso hasta acercarse a su jefe.

—¿Deseaba algo, mister Harwey?

—Sí. Haga el favor de seguirme.

Se alejaron hacia el bar. Él pidió una consumición, ya que conocía

perfectamente a su secretaria y sabía que ésta no probaba nunca nada.

«Debe de alimentarse como los camaleones», —pensó muchas veces.

—Escuche, miss Shiley. Hay un hombre aquí esta noche que va a hacerle alguna pregunta dificilísima. ¡Fíjese bien! El amigo que lo ha traído quiere apostarse diez mil pa…; digo, diez mil dólares a que usted no sabe contestar a ese mochuelo que debe haber sacado de alguna Universidad. ¿Qué me dice?

—Que puede apostar.

—¡Eso está bien! Pero ha de ser con una condición…

—Usted dirá.

—Tres mil dólares serán para usted.

—Perfectamente. Muchas gracias.

—El que le da las gracias soy yo.

Harry se alejó de la muchacha, tropezándose casi en seguida con Cowerley.

—¿Qué? ¿Has consultado ya con miss «Sabelotodo»? ¿Se siente capaz esta vez?

—Puedes depositar los «cuartos», Cowerley.

—¿Estás seguro de que no te enfadarás después, Harry?

—¿Desde cuándo no he pagado yo mis deudas de juego?

—No te lo digo por eso; pero, ¡francamente, prefiero tu amistad al dinero y quiero prevenirte. Ese viejo es un verdadero sabio.

—¡Me es igual! ¿No es que tendrás miedo tú?

—No. Ahí va el dinero. ¿Quién va a guardarlo?

—¿Te parece bien Patt?

—Me es igual. Di a tu pitonisa que se prepare.

Harry llevó el dinero a Patt, dándole igualmente la cantidad que él debía poner; luego, colocándose en el centro de la iluminada terraza,

dio unas palmadas para llamar la atención de todos.

—¡Señoras y señores! Hoy van a asistir a un duelo interesante como ninguno de los que han visto hasta ahora. Mi secretaria va a contestar al señor…

Buscó con la vista al viejo que avanzaba, literalmente arrastrado por Cowerly.

—¡No me gustan estas exhibiciones, mister Cowerley, Se lo aseguro! —protestaba el anciano.

—¡Se lo ruego, profesor!… ¡Será solamente unos instantes!

La marciana se había colocado cerca de su jefe. Éste, volviéndose al viejo, con una sonrisa burlona en los labios:

—¡Puede empezar cuando quiera, abuelo!

El profesor, rojo de vergüenza, lanzó una mirada desesperada a su alrededor, hasta encontrar la de Cowerley que le sonrió agradecido. Solamente entonces volvió los ojos hacia su agraciada y serena contrincante.

Sintió pena de aquella encantadora joven que debía haberse dejado arrastrar por la vulgar fama que había conseguido gracias a una memoria asociativa sorprendente.

Te—Lía le miraba con una tranquilidad que le inquietó, acabando por ponerle furioso.

Le hizo una primera pregunta sobre logaritmos, obteniendo una respuesta precisa y rápida, cosa que le extrañó ya tremendamente. Picado en su amor propio, siguió haciendo preguntas cada vez más difíciles, adentrándose en los misterios del cálculo infinitesimal y pasando después a las últimas fórmulas de la mecánica ondulatoria, de los «quanta» de Planck y de los estudios sobre relatividad general de Einstein.

Un sudor frío perlaba su frente. Los asistentes, sin entender nada de aquellas extrañas palabras que se cruzaban entre los dos, permanecían mudos de estupor.

Finalmente, el profesor bajá la cabeza y separándose de la muchacha.

—Ella ha ganado —dijo con voz sorda.

Hubo de abrirse paso, pues todos los invitados de Harwey se lanzaron hacia la joven para felicitarla y verla de cerca.

El profesor se acercó a Cowerley, que estaba pálido como un muerto, agarrándose espasmódicamente a su brazo. Cowerley notó que el anciano se estremecía sin cesar.

—¿Se siente mal, profesor? — inquirió sobreponiéndose a su propia decepción.

—¡Vamos!... ¡Vamos, Cowerley! ¡Sáqueme de aquí cuanto antes! ¡Deseo ir al Pentágono ahora mismo!

CAPÍTULO V

Nunca había experimentado Harry G. Harwey una alegría semejante. El triunfo de su secretaria produjo en el salón-terraza un escándalo sin precedentes, y sus amigos le felicitaron bajo todos los términos.

Pero nada más ver entrar a Salomón, su hombre de confianza, vio reflejado en el espejo su semblante sombrío y malhumorado.

Se abrió paso caminando a grandes zancadas hacia el gigante. Éste, que habla visto a su jefe, mascaba goma incansablemente, lanzando miradas ávidas hacia el bar, donde se exhibían las botellas de «whisky» por docenas.

—¿Qué hay?

Salomón movió la cabeza antes de contestar con un claro signo negativo.

—¡Se han ido todos con Coll, jefe!

—¿Todos?

—¡Todos!

—¿No me equivoco al decir que los ha empujado Torelli?

—No se equivoca, Jefe. Ha sido el italiano quien les ha convencido.

—¡Cerdo inmundo!

Había encendido un cigarrillo que apagó casi en seguida. Luego, con los ojos brillantes, entreabrió los labios en una triunfal sonrisa.

—¿Dónde están ahora?

—Reunidos en el puerto. Cerca del muelle III.

—Perfectamente. Sal y pon el coche en marcha. ¿Está la metralleta en su sitio?

—Sí, allí sigue.

—Hasta ahora.

Salomón salió, no sin lanzar uña penosa mirada al bar y a las botellas que se alineaban sobre el brillante mostrador. Se pasó la lengua por los resecos labios y atravesó la puerta mientras su jefe, con una encantadora sonrisa en los labios, se acercaba a sus amigos.

—Vais a permitirme que os prepare una sorpresa. Mi encantadora secretaria me ayudará a prepararla. Sólo os pido que esperéis media; hora. ¿De acuerdo?

Todos respondieron afirmativamente.

Después de pasar a una habitación vecina, Harwey, excesivamente nervioso, dijo a la marciana:

—Venga por aquí, miss Shiley. Tenemos que salir un instante. En seguida estaremos de vuelta.

Ella no dijo nada y le siguió, extrañándose de que utilizase la escalera de incendios que pasaba por la parte posterior del edificio Tres pisos más abajo, su jefe le hizo atravesar un departamento vacío, desembocando después junto a los ascensores de servicio.

Momentos más tarde estaban en el choche que Salomón hizo partir como una exhalación.

—A la casa de Torelli —le había ordenado el jefe.

Después de atravesar gran cantidad de avenidas, pasaron el puente, internándose en un barrio sombrío y no tardando en detenerse ante una casa gris, de dos plantas, y cuya parte inferior estaba casi completamente ocupada por un garaje.

Salomón, sin apagar el motor, bajó prestamente abriendo la portezuela posterior del vehículo, por el lado de la entrada a la casa.

—Espere aquí un momento, miss.

Te-Lia permaneció inmóvil, arrellenada en el coche, sin dejar de pensar en las preguntas que le había hecho aquella noche el viejecito y que le demostraban que los humanos conocían muchas cosas, aunque no podían igualarse, ni mucho menos, a los .marcianos.

«El día que dejen de alimentarse de cadáveres de animales —pensó— harán cosas formidables. Las toxinas envenenan sus cerebros.»

Bruscamente, cuando el silencio de aquel barrio parecía concentrado en sí mismo, una ráfaga de metralleta lo desgarró brutalmente, haciendo que la joven saltase sobre su asiento.

Desconociendo el uso de las armas de fuego, aunque había leído mucho sobre ello, no podía olvidar el sonido de las balas que le lanzó el avión que se vio precisada a destruir nada más llegada al Tercer Mundo.

Instantes después, los dos hombres se precipitaban hacia el coche. Una vez ante el volante, Salomón dejó caer algo, sobre el suelo, que dejó oír un sonido metálico —poniendo inmediatamente en marcha el vehículo, que salió disparado como una flecha.

Otra vez el puente, a una velocidad exagerada y después, ya en Manhattan, una velocidad más suave, hasta detenerse ante la puerta de servicio del edificio.

Diez minutos más tarde, Harwey, del brazo de su encantadora secretaria, penetraba en el salón, triunfalmente llevando bajo su brazo un juego completo de ruleta portátil.

Una ovación entusiasta les recibió.

* * *

El secretario del Presidente tocó suavemente el hombro de Howard.

—¿Qué le parece, amigo?

Howard no contestó inmediatamente. Apoyado sobre la varanda del semicírculo de aquella especie de curioso anfiteatro, en cuyo fondo discutían los profesores citados por el Pentágono, observaba detenidamente al que había hecho las preguntas a la marciana.

Luego, como saliendo de un ensueño, se volvió hacia su interlocutor:

—No sé aún qué decirle, mister Claridge. Todo es demasiado raro. Un momento; parece que el profesor va a hacer su declaración final.

En efecto, el anciano se había vuelto hacia la tribuna y después de carraspear:

—Junto con mis colegas, señor Presidente, hemos llegado a la conclusión de que, fuera de media docena de personas autorizadas en el mundo, nadie hubiera podido contestar a las tres últimas preguntas que planteé a aquella señorita.

Howard se volvió entonces hacia el secretario, empezando ambos a ascender la brillante escalinata que conducía hacia la salida.

—Una muchacha que resuelve problemas reservados únicamente a media docena de sabios mundiales es algo que, si mal no recuerdo, he leído en una revista cómica...

—No es cosa de broma, Howard.

—Ya lo sé. Haremos una investigación; pero casi puedo asegurarle que perderemos el tiempo.

—¿A quién va usted a encargar?

—A Jim Scotter. Si se trata de una mujer bonita, es él nuestro mejor especialista.

Hubo una pausa.

—Lo que me extraña —dijo el secretario—, es que esa muchacha, aparentemente tan inteligente, se encuentre en un ambiente como el de ese canalla de Harwey. Francamente, no lo entiendo.

—Yo tampoco. Lo primero que tenemos que investigar es su procedencia. Para eso, Jim es un verdadero maestro...

Habían llegado al hall inmenso, y el secretario, después de estrechar la mano del director del FBI, le dijo en voz baja:

—Ténganos informados constantemente. No sé por qué, pero creo que este problema puede, si nos descuidamos un poco, darnos un serio disgusto.

—No padezca. Antes de veinticuatro horas le llamaré por teléfono.

Salió Howard, tomando un coche que le condujo, a gran velocidad, al edificio del Federal Bureau of Investigaron. Momentos más tarde, ya en su imponente despacho, recibía a uno de sus agentes.

——Jim, siento francamente interrumpir sus ocios, pero le necesitamos con urgencia.

—¿De qué se trata?

Howard le explicó detalladamente el asunto.

Con el cigarrillo en los labios y los ojos entornados, quizá para que el humo no le molestase, Jim escuchó atentamente el relato, sin que un músculo de su rostro alterase la máscara imperturbable que parecía cubrir su rostro.

Cuando Howard acabó de hablar, el joven lanzó la consumida colilla a la escupidera, sin fallar el tiro.

—¡Perfecto! —exclamó; luego, volviéndose hacia su jefe—: ¿Sabe que mataron anoche a la mujer y los dos niños de Torelli?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo han comunicado hace un momento. No hay duda alguna de que debe de tratarse de una de las célebres «liquidaciones» de Harwey. ¿No le parece así?

—Sin duda. El día que pueda sentar en la silla eléctrica a ese granuja y al gorila de Salomón engordaré tres kilos.

—También yo comeré más tranquilo. Bueno, voy a coger cualquier «cacharro» para Nueva York y veremos a esa preciosidad, por si se trata de un sabio disfrazado. Le prometo que sabré muy pronto si sus lindos cabellos no son más que una peluca.

Howard no pudo por menos de sonreír.

—¡Haga las cosas rápidas, Scotter! Los del Pentágono están un poco nerviosos.

—¡De acuerdo! Procuraré acelerar al máximo.

A su llegada a Nueva York, Jim hizo sus primeras investigaciones en algunos lugares, llegando a saber que la joven secretaria de Harwey se llamaba exactamente Marión Shiley y que provenía de una pequeña localidad de Indiana.

Luego, cuando hubo investigado algunas cosas secundarias, se trasladó a la sucursal del FBI en Nueva York, donde solicitó una urgente conferencia telefónica con una pequeña localidad del Estado de Indiana.

Momentos más tarde hablaba con Clara Shiley, la hermana de la muchacha que había salido para Nueva York a ocupar la plaza que había ganado en un concurso, contestando a un largo formulario que le habían enviado de la ciudad de los rascacielos.

Aquellas fueron las primeras respuestas que obtuvo de miss Clara Shiley.

—¿Ha recibido alguna carta de su hermana?

—No, pero no me preocupa mucho su silencio. No nos llevamos muy bien, ¿sabe?

—Perfectamente. Haga el favor de contestarme a un par de preguntas más.

—Las que usted quiera.

—¿Ha hecho su hermana Marión estudios especiales?

—No le entiendo, señor.

—Voy a explicarme. ¿Ha estado Marión en la Universidad?

—¡Decididamente, es usted un bromista! ¡Marión a la Universidad! Mi hermana ha seguido cursos de Mecanografía y Taquigrafía por correspondencia, igual que yo. Y si lo que quiere hacerme entender es que mí hermana es lista, puedo demostrarle, cuando lo desee, que resuelvo cualquier tema de los que hemos estudiado mejor y más rápidamente que ella...

—¡Está bien! ¡Está bien! Otra pregunta, por favor.

—Diga.

—¿Tiene la amabilidad de hacerme un retrato físico aproximado de su hermana?

—En seguida. Es alta, un poco más que yo, lo que hace aproximadamente unos cinco pies y algunas pulgadas más. Es morena, de ojos grandes, pero más claros que su cabello, esbelta...

—¿Recuerda alguna seña particular?

—Sí. Le falta un trozo del lóbulo de la oreja izquierda....

—¿Está usted segura?

—¿Como no lo voy a estar si fui yo la que se lo arranqué; de un mordisco cuando éramos pequeñas?

—Muchas gracias, miss Shiley.

Jim respiró profundamente al colgar el aparato. Una sonrisa entreabría ligeramente sus labios.

«Vamos a ver a esa maravilla con faldas» —se dijo.

* * *

Por primera vez, desde su llegada al Tercer Mundo, Te-Lia experimentaba algo que podía traducirse fácilmente como una crisis de angustia.

Sobre su mesa de trabajo, en el limpio y elegante despacho que mister Harwey le había destinado, muy cerca del suyo, yacía la última edición de varios periódicos neoyorquinos. Todos ellos, coincidiendo en tamaño de caracteres y situación privilegiada en primera página, daban cuenta del monstruoso asesinato de los miembros inocentes de la familia Torelli.

Te-Lia se esforzaba por comprender el mecanismo de aquel extraño crimen, no acertando a explicarse absolutamente nada. No era fácil entender, para una marciana, el complejo carácter de los habitantes de aquel planeta; pero su indudable intuición femenina le hacia adivinar toda la podredumbre que se escondía bajo la capa de amabilidad y las sonrisas que ante ella habían mostrado los seres humanos que hasta entonces había conocido.

Estaba horrorizada y dispuesta a comunicar lo antes posible con Pro-Tel para que éste supiese la verdad sobre los habitantes del Tercer Mundo y tomase las medidas pertinentes, ya que estaba completamente segura de que jamás podría existir una amistad sincera entre los marcianos, que desconocían la existencia del delito desde hacía millones de años, y los humanos, que parecían practicarlo con evidente desdeño de la vida del prójimo.

Al mismo tiempo y desde que había visitado las bibliotecas públicas de Nueva York, la joven aprendió muchas cosas de la Historia de aquella Humanidad alocada y cruel, que experimentaba un rara placer en diezmarse de la forma más horrorosa cada dos lustros. La Historia de las guerras le enseñó a entender un poco el mecanismo de autodestrucción que parecía dominar a los habitantes de aquel paradójico planeta.

Se ahogaba en aquel ambiente y experimentaba al mismo tiempo una doble sensación en la que el asco se mezclaba con un temor que no hacia más que crecer.

¡Debía alejarse de aquella ciudad cuanto antes!

Lo peor de todo era que Pro-Tel le había dado un largo año para realizar su misión en la Tierra y que durante todo ese tiempo debería vagar de un lado para otro, esperando que la señal de sus hermanos marcianos llegase hasta ella.

Había, no obstante, una forma de comunicarse mucho más rápidamente; pero, para ello, habría de construir un aparato emisor cuyos materiales era, al menos por el momento, imposible de proporcionárselos.

La entrada de su jefe cortó bruscamente el hilo de sus pensamientos.

Harry estaba un poco pálido y bastante nervioso. La forzada sonrisa que ornaba su rostro no tenía, como de costumbre, el valor y la significación de una sensación de seguridad en si mismo; por él contrario, se había convertido en una mueca que hacía aumentar el aspecto desagradable de su rostro.

—¡Hola, secretaria! —saludó con un acento no muy seguro en la voz.

Te-Lia, que había aprendido bastante en el CAPÍTULO de aquella hipocresía que tan estupendamente manejaban los humanos, sonrió también,

—¡Buenos días, mister Harwey!

Apoyó el otro sus manazas, repletas de joyas, sobre el borde de la mesa de ella. Luego, después de haber echado una despectiva mirada a los periódicos.

—Vengo a avisarle, miss Shiley.

—¿A avisarme?

—Sí, va a recibir una visita dentro de muy poco. Y después de un corto silencio—: ¿Conoce al FBI?

—He oído hablar de esa organización.

—Está bien. Uno de sus sabuesos, más peligroso que otros, va a venir a visitarla dentro de un rato. Deseará, naturalmente, saber lo que usted hizo en mi compañía ayer noche durante el pequeño rato en que estuvimos ausentes de mi piso…

Se notaba claramente la dificultad que el bandido experimentaba para hacerse entender. En realidad, con otra muchacha cualquiera, las cosas hubiesen sido mucho más fáciles para él; pero con aquella extraña secretaria que había sorprendido a todos —y a él el primero— sentía como la existencia de un invisible, pero potente obstáculo, una colosal barrera que se interpusiese entre ella y él.

—Comprenderá usted, miss Shiley —dijo forzando de nuevo una sonrisa—, que mi situación es muy delicada y que todo, absolutamente todo, depende de lo que diga usted a ese del FBI…

Ella le había comprendido desde el primer momento, mucho antes de que empezase a hablar; pero curiosamente, en el cerebro de la marciana, tremendamente lejos de los miserables problemas de aquel hombre y de los de todos los hombres, no había más idea que la de alejarse de la ciudad cuanto antes.

Por otra parte, estaba completamente segura de ella misma y del poder que le proporcionaba la lámpara electrónica que se disponía a usar en cuanto fuese necesario.

¡HUIR!

Aquel era su único deseo…

—No se preocupe, mister Harwey. Ese hombre del FBI no sabrá nada

por mí.

Esta vez la sonrisa de Harry dejó automáticamente de ser una mueca circunstancial para convertirse en la sincera expresión dé su alegría.

Lanzó un profundo suspiro.

—¡Francamente, lo esperaba de usted! Después de todo, es la mujer más inteligente que he encontrado jamás.

Sacó torpemente de uno de los bolsillos de su multicolor chaqueta deportiva, un sobre que dejó sobre la mesa.

—¡Muchas gracias, miss Sheley!

Cuando desapareció, cerrando suavemente la puerta que durante toda la conversación había dejado entreabierta, la marciana lanzó un suspiro de satisfacción. Su deseo hubiese sido decir a aquel criminal la realidad íntima de sus pensamientos y todo el desprecio que le proporcionaba su presencia.

Pero; después de todo, ¿qué le importaban los miserables problemas de aquellos seres?

Cogió el sobre con una mano, distraída.

En su interior los billetes se amontonaban estrechamente, llegando a una cantidad bastante elevada. De nuevo, al tropezar con el dinero, comprendió que aquél era el motor que movía a los humanos. Al principio, cuando estableció contacto con los hombres, la moneda y su utilidad le parecieron extremadamente curiosos, hasta divertido y sumamente ingenioso.

Pero después, cuando comprendió la desorbitada importancia que los hombres daban a aquellos trozos de papel multicolor, cuando se percató de que los humanos consideraban la moneda como único y primordial objetivo de sus vidas, cuando se dio cuenta de que todo —en el más amplio sentido de la palabra— giraba mansa y servilmente alrededor del dinero y que hasta las labores más puras y menos materiales dependían de la moneda, puesto que el hombre había hecho del oro la medida de cuanto existía sobre la Tierra, la marciana comprendió la tristeza de una existencia únicamente vinculada a lo material.

En Marte, un planeta mucho más pobre que el Tercer Mundo, el razonado reparto de la alimentación, diferente para cada casta debido

a sus distintas características orgánicas, había hecho desaparecer automáticamente la lucha animal por la supervivencia.

Los dirigentes marcianos habían comprendido, desde hacía cientos de siglos, que la alimentación asegurada proporcionaba, como lógica conclusión, una paz total. De otra parte, cada casta estaba perfectamente encauzada en una dirección y orientada hacia la producción de los fines, principalmente espirituales, del planeta.

Te-Lia había visto muchas cosas extrañas, alarmándose en aquellos Estados Unidos de que muchos miles de hombres se devanasen los sesos día y noche solamente para crear necesidades nuevas con el único objeto de montar colosales negocios. Muchas de aquellas «necesidades» no podían ser comprendidas por la marciana y así, además de las bebidas alcohólicas, la moda femenina y hasta masculina la habían dejado perpleja…

También se percató del fuerte individualismo que para ella significaba el aumento de un necio egoísmo que hacía que los seres humanos luchasen sin descanso por ser los unos más que los otros, sirviéndose casi exclusivamente del poder omnímodo del dinero.

El teléfono interior sonó en aquel instante.

—¿Diga?

—Un señor desea verla, miss Shiley, Dice llamarse Jim Scotter y pertenecer al FBI.

—Hágale pasar dentro de cinco minutos.

—Está bien.

Con el sobre del dinero en la mano, Te-Lia se encaminó al triturador de basura que había sustituido a la clásica papelera. Introdujo el sobre y pulsó, sin que le temblase la mano, el botón, que produjo un sonido mate y prolongado…

Se apoderó del bolso, del que sacó la lámpara electrónica que apretó entre sus nerviosos dedos.

Sin lanzar una postrer mirada al despacho, la marciana salió dejando la puerta abierta. Avanzó decididamente por el pasillo hasta el «hall» que desembocaba directamente en la sala de ascensores.

Había llegado el instante decisivo.

El hombre que fumaba, sentado en un cómodo sillón, elevó su mirada hacia ella. Al mismo tiempo, el botones que hojeaba una revista infantil, apoyado en la mesita de la recepción, señaló con el mentón a la joven, dirigiéndose al hombre.

—Ésa es la señorita Shiley, señor.

El joven se irguió velozmente, atravesando oblicuamente el salón hasta interponerse entre la marciana y la salida.

—Un momento, señorita.

Se dio cuenta de que en los ojos de la muchacha, QUE EVIDENTEMENTE NO ERA LA HERMANA DE CLARA, brillaba una luz peligrosa.

Ella se detuvo en seco, mirándole fijamente y luego, decidida, extendió el brazo, pulsando suavemente el botón de su lámpara electrónica.

Jim Scotter se vio empujado, por una espantosa fuerza, chocando con la pared divisoria que del mismo modo cedió bajo la potencia que emitía la lámpara, desmoronándose como si fuese de papel…

CAPÍTULO VI

En el suelo, Jim permaneció cerca de quince segundos sin conocimiento. El golpe que recibió fue formidable y cuando recobró el sentido hubo de hacer un poderoso esfuerzo para restablecer el equilibrio y pasar, del estado lastimoso en que se encontraba, a la acción rápida que requerían los acontecimientos.

Todavía, antes de salir como una exhalación del vestíbulo, perdió unos segundos más en comprobar con un suspiro de alivio que el botones, aunque sin sentido, echado en el suelo, no había recibido daño importante alguno.

Descendió en uno de los ascensores donde exhibió sus credenciales obligando al «liftier» a que bajase a una velocidad vertiginosa sin hacer caso alguno de las insistentes llamadas que le hacían desde

diferentes pisos a la vez.

Abajo, al atravesar el hall, verdaderamente grandioso y repleto de gente, acertó a ver, precisamente en el instante en que pasaba a una de las puertas giratorias de la salida, la silueta inconfundible de la falsa señorita Shiley.

Se abrió paso como pudo, saliendo al exterior del edificio a tiempo de ver a la marciana que se disponía a cruzar la calle...

Se lanzó decididamente, gritando con voz potente:

—¡Señorita Shiley!... ¡Señorita Shiley!... ¡Deténgase en nombre de la Ley!

Te-Lia volvió la cabeza mirando con los ojos desmesuradamente abiertos al joven que se acercaba velozmente a ella. Llevaba la lámpara electrónica en la mano y la alzó prestamente.

Jim, que conocía ya el resultado fatídico de aquel gesto, se dejó caer al suelo al tiempo que sacaba a una velocidad vertiginosa el arma de su «holster». Estaba dispuesto a terminar de una vez con aquella misteriosa mujer, hiriéndola en una pierna.

A su alrededor, desde el preciso instante en que la joven oprimió el botón de la lámpara, pareció como si un tifón se desencadenase en la amplia avenida. Personas y objetos se vieron empujados violentamente hacia los muros de las casas...

El agente del FBI oprimió dos veces consecutivas el gatillo; pero, inexplicablemente, las balas no llegaron jamás hasta la joven y silbaron estridentemente, como si hubieran chocado contra una barrera del más fuerte y templado acero.

Extrañado, Jim se irguió de un salto, contemplando con asombro la marcha de la mujer a través de la avenida. La falsa señorita Shiley había colocado un objeto brillante, el mismo que había utilizado hasta entonces, sobre su cabeza y corría, velozmente, mientras hombres, mujeres y vehículos caían a su alrededor como empujados por un huracán formidable.

Pasados los primeros instantes de pánico, los que no habían sufrido las desastrosas consecuencias del misterioso fenómeno se lanzaron en ayuda de los que, menos afortunados, yacían en el suelo. Solamente entonces pudo Jim percatarse de que media docena de personas habían muerto y qué el número de heridos ascendía casi al centenar.

También hizo lo posible para seguir a la falsa señorita Shiley, pero le fue completamente imposible, ya que la mujer, que debía haber cesado de emplear su potente arma, había aprovechado la confusión para desaparecer definitivamente.

Durante una larga hora, el joven ayudó a prestar ayuda a los que sufrían, colaborando activamente con los empleados de las ambulancias que hablan llegado inmediatamente. La circulación se detuvo por completo en la populosa avenida, estableciéndose un servicio de urgencia por las colaterales que se vieron, bruscamente, invadidas por un torrente de coches.

Jim consiguió tomar un taxi y se hizo conducir al FBI desde donde telefoneó inmediatamente a Washington.

—¡Póngame con Howard en seguida! —gritó a la telefonista.

—¿Qué hay, Jim?

La voz de su jefe le serenó un tanto. Luego, con una voz velada por la emoción que subsistía en él, hizo un detallado relato de lo ocurrido.

—¿No habrás bebido un poco más de la cuenta, Jim?

—¡Por todos los infiernos posibles, señor Howard! —protestó el agente con vehemencia—. Dentro de poco tendrá noticias de lo ocurrido en la Tercera Avenida. Se dará cuenta entonces de que no he exagerado nada.

Hubo una corta pausa mientras el joven esperaba ansiosamente que el silencio reflexivo de su jefe cesase cuanto antes.

—¡Escucha, Jim!

—Diga.

—Coge el avión y vente a Washington. Tú eres e1 único que has visto con detalle a ese fenómeno con faldas y creo que será lo mejor que seas tu mismo el que hables en el Pentágono.

—¡Voy en seguida!

Cortó la comunicación y, tomando un coche oficial del FBI, se dirigió al campo ele aviación, del que salió pocos minutos después hacia la capital federal.

Le causó una gran extrañeza hallarse, al descender del avión, con el

coche de Howard, que le esperaba en el interior y que sin estrecharle siquiera la mano ordenó al chófer que fuese lo más de prisa posible. En el Pentágono, los rostros de los que esperaban en el hemicírculo de las reuniones demostraron al joven que las noticias de Nueva York habían llegado ya hasta allí.

Tuvo que hacer un relato detallado de cuanto había acontecido desde que fue a entrevistarse con la falsa señorita Shiley y contestó con claridad a las preguntas que durante media docena de minutos le hicieron diversos personajes allí reunidos.

Después de aquel intenso interrogatorio, el secretario adjunto de Estado se volvió hacia algunos de los técnicos, que ocupaban un estrado especialmente reservado a ellos.

—¿Qué conclusiones han sacado ustedes de todo esto, caballeros?

Permanecieron un buen rato en silencio, mirándose los unos a los otros, sin decidirse a contestar a la pregunta que les era formulada. Uno de ellos se decidió repentinamente a tomar la palabra.

—Mi opinión —dijo— es que se trata de una criatura procedente de otro planeta.

A pesar de la seriedad del local, las carcajadas dieron curso libre a una hilaridad casi general.

—Señores... —protestó el secretario adjunto.

Se hizo silencio y entonces, uno tras otro, expresándose de distinta forma, llegaron a la unánime conclusión de que se trataba de una espía procedente del otro lado del telón dé acero y que estaba en posesión de una arma desconocida para el Occidente y que había empleado empujada, obligada, por las circunstancias.

—Sea lo que sea —resumió el secretario—, debemos apoderamos de su persona y del arma peligrosa que posee. Alocada por haber sido descubierta y destruida definitivamente su superchería de hacerse pasar por la señorita Shiley, a la que sin ningún género de dudas ha debido asesinar, esa mujer es capaz de causarnos un mal enorme.

—Pero —objetó Howard, del FBI—, si se trata de una espía, ¿qué demonios podía hacer en compañía de Harwey, que no es más que un gangster vulgar y corriente y que jamás se ha inmiscuido en otros asuntos que no sean los de controlar el trabajo del puerto de Nueva York?

—¿Posee usted, señor Howard, la seguridad plena de que ese hombre no tiene ni ha tenido jamás relación alguna con espías?

—Estoy seguro, señor. El FBI lo controla de cerca desde hace mucho tiempo. Por otra parte, poseo informes de uno de mis colaboradores que trabaja con él y que ha podido relatarme la clase de relaciones que entre Harwey y esa misteriosa mujer han existido. Jamás hablaron de otra cuestión que de su trabajo. Ahora puedo decirles que un sistema completo de micrófonos está instalado hace poco más de un año en las oficinas particulares de Harry.

—Está bien, amigo mío. Por un lado, sus manifestaciones nos quitan un gran peso de encima; pero de todas formas es preciso atajar el problema a gran velocidad. Usted, Howard, puede proseguir sus pesquisas movilizando a cuantos hombres necesite; pero al mismo tiempo voy a hacer que la policía se lance a la inmediata búsqueda de esa mujer a la que deseo, sobre todo, capturar con vida. Eso es todo, señores;

Rogó después a Jim que se quedase para hacer, una nueva descripción de la marciana, para proporcionar a los agentes de todos los estados una detallada imagen de la persona que debían buscar.

Una vez fuera del Pentágono, el agente del FBI se acercó al coche de su jefe, que le estaba esperando.

—Vas a quedarte en Washington —dijo Howard con seriedad— hasta que se reciba cualquier noticia. Deseo que seas el primero en llegar al lugar donde, se descubra a esa bruja…

—¡A lo mejor es una criatura de Marte o de Júpiter!

—¡No digas tonterías! Si un día llegan los seres de otros planetas a la Tierra verás cómo todos los guionistas del cine y los dibujantes de las revistas se han quedado cortos en sus escalofriantes descripciones…

—¡Qué lástima! —suspiró Jim—. ¡Con lo emocionante que hubiese sido enamorarse de una marciana!

* * *

Te-Lia seguía huyendo…

No había salido de la ciudad porque sencillamente se había perdido en un dédalo de calles que desconocía, desembocando en la misma avenida, una veintena de manzanas más abajo.

Estaba nerviosa, más que nada por carecer de una base de conocimientos que pudiese orientarla en las medidas que iban a tomar los terrícolas contra ella.

Se hallaba desconsoladamente sola y la idea de comunicarse con Marte se había convertido en una constante obsesión. Impelida por tal deseo y olvidando el peligro que corría, entró decididamente en una de las bibliotecas públicas que conocía y pidió un libro de transmisiones de telefonía sin hilos. Después amplió su demanda a un montón de revistas técnicas.

El empleado, aburrido por la carencia de lectores a aquella hora, intentó vanamente establecer conversación con la bella visitante.

—¿Cómo es posible que una chica tan bonita pueda leer cosas tan aburridas?

Ella le lanzó una mirada que no necesitaba ningún comentario y el empleado se retiró mascullando una escusa que no le salía, evidentemente, del corazón.

Te-Lia se percató en seguida del retraso de los habitantes de la Tierra en materia de comunicación. Habían dado los primeros pasos y aun habiendo descubierto la radio y la televisión, no habían sabido utilizar los «fotones[1]» como medio de ponerse en contacto con otros mundos.

Sin embargo, saltaba a la vista que la luz era el único fluido físico que atravesaba libremente los espacios intersiderales uniendo los más distantes mundos.

Desde que los marcianos hablan descubierto que los corpúsculos de la luz, los «fotones», poseían características materiales, habían sabido utilizarlos como vehículo para sus comunicaciones haciendo que las ondas sonoras «cabalgasen» sobre aquellos curiosos cohetes que llegaban con mayor facilidad que las otras ondulaciones electromagnéticas hasta el fondo abismal del universo.

De todas formas, la marciana se percató que alguno de los aparatos humanos podía, sufriendo ciertas modificaciones, servir a su propósito, aunque en realidad tendría que limitarse a enviar una sola señal que, sin duda alguna, Pro-Tel interpretaría correctamente como

un S.O.S.

Salió de la biblioteca completamente decidida a apoderarse de un aparato. Antes de abandonar el local en el que había consultado libros y revistas, repasó detalladamente la guía telefónica anotando en su maravillosa memoria las direcciones más importantes.

Fuera, en la calle, todo parecía haber vuelto a su curso normal y nadie parecía recordar los sucesos acontecidos poco tiempo antes. Aquel era otro curioso aspecto de la personalidad humana que Te-Lia no había dejado de observar. Dotados de una memoria cuya fragilidad había llamado su atención, los terrícolas lo olvidaban fácilmente todo, hasta cosas verdaderamente importantes, arrastrados por un ritmo de existencia verdaderamente exhaustiva.

Recordando que llevaba aún dinero en su bolso, Te-Lia se hizo conducir a una de las fábricas de aparatos de transmisión moderna, situada en los alrededores de la ciudad. Cuando el coche que la conducía había pasado uno de los puentes, el chófer se volvió hacia ella.

—¡Fíjese! —exclamó.

La joven se volvió, mirando por la ventanilla posterior y viendo, al otro lado del puente, una serie de vehículos blancos que se estacionaban rápidamente allí.

—¿Qué pasa?

El chofer movió la cabeza despreocupadamente.

—No sé; algún jaleo, porque cuando la «poli» se preocupa es que se trata de algo gordo.

Ella no dijo nada, pero su intuición la previno de que acababa de escapar a un peligro inminente.

Dio una espléndida propina al chófer, atravesando rápidamente la entrada de la fábrica.

—¿Qué desea, señorita?

—Desearía adquirir una emisora de tipo pequeño,

—Pase por aquí, por favor.

Atravesaron varias salas dónde estaban dispuestos los más modernos

aparatos. Mientras lo observaba todo, la marciana iba forjando un plan que le permitiese realizar su proyecto de la manera más sencilla y, a ser posible, sin promover escándalo alguno que atrajese hacia ella las vigilantes fuerzas policiacas que, a aquellas horas, ya se habían movilizado para buscarla.

El empleado le fue mostrando los diversos emisores, sin formular precio alguno, sino reseñando detalladamente su alcance y su potencia. Luego, repentinamente, la joven se volvió hacia él y señalando uno de ellos:

—Este puede convenirme. De todos modos desearía hacer en él antes de llevármelo algunas modificaciones.

El empleado se sonrojó, francamente apurado. Él no era más que un vendedor que conocía de los aparatos lo indispensable; casi todo conceptos aprendidos de memoria.

—Perdóneme un instante, señorita; voy a llamar al ingeniero.

Te-Lia observó, durante la corta ausencia del empleado, con más detalle el aparato. Su poderosa inteligencia, que había sido capaz de captar en el corto tiempo que había estado en la biblioteca, la estructura de los transmisores ideados por el hombre, la ayudó a establecer en seguida las necesarias modificaciones para que las ondas emitidas por aquel instrumento primitivo pudiesen llegar a Marte.

—Este es nuestro ingeniero, señorita.

Te-Lia estrechó calurosamente la mano del Joven, acompañando su gesto con una sonrisa.

—Verá usted. Desearía implantar algunas pequeñas modificaciones en este aparato que si marcha como pienso estaría dispuesta a comprar inmediatamente.

El ingeniero sonrió a su vez, completamente seguro de que se trataba de una cliente original de las que a veces hacían cambiar el color del aparato o algunas otras cosas completamente intrascendentes.

—¿Qué desea modificar? —inquirió.

Entonces, mudo de asombro, oyó la más maravillosa lección de comunicaciones de su vida. La muchacha hablaba y hablaba, explicándose con un lenguaje técnico que a veces escapaba al propio ingeniero.

Te-Lia se vio obligada, en dos ocasiones, a repetir sus explicaciones para que el otro pudiese captar un tanto claramente su complejo y asombroso pensamiento.

—Pero… —balbuceó el técnico— ¿cree usted, señorita, que esos cambias aumentarán el poder de nuestro emisor?

—Estoy segura de ello. ¿Tendría la amabilidad de realizar las modificaciones que le he sugerido?

—¡Encantado! Haga el favor de pasar al laboratorio, ya que la necesitaré para que me vaya orientando. Tú, Larson, lleva el aparato al laboratorio ahora mismo. Por aquí, miss…

Sorprendido y maravillado, cuando hubieron empezado a estudiar las modificaciones que solicitaba la joven, el ingeniero empezó a sentir una especie de malestar, sobre todo cuando al intentar coger unas tablas técnicas, para calcular una serie de datos que necesitaba para calcular, la extraordinaria mujer se le adelantó dándole los resultados inmediatos de operaciones que le hubiesen exigido varias horas de trabajo.

Al comprobar en las tablas de sus libros que las fórmulas expresadas por la muchacha coincidían exactamente con las allí escritas —y que no había memoria humana capaz de conservar inalterable—, el hombre experimentó una rara angustia, como si se hubiese tropezado bruscamente con uno de esos «robots» que sueñan los humanos hacer para dentro de quinientos años.

—¡Pero, si parece usted un verdadero cerebro electrónico!

A partir de aquel instaste, se plegó él mansamente a todos los caprichos y órdenes de la extraordinaria cliente, sin dejar de observarla con una admiración que no cesaba de crecer.

Después de dos horas de trabajo incesante, el aparato quedó preparado para su empleo. El ingeniero, observando la obra que acababa de realizar, se hallaba dispuesto a impedir por medio de cualquier artimaña que la joven se lo llevase, ya que pensaba obtener un éxito rotundo si el funcionamiento respondía a las misteriosas intenciones de la compradora.

—Voy a probarlo —dijo ésta.

—¿Tiene aparato receptor en su casa? — inquirió el técnico.

Te-Lia contestó rápidamente:

—Si; pero, después de todo, es igual.

Se acercó al micrófono y, comprendiendo entonces la importancia del paso que iba a dar, se volvió hacia el ingeniero con una encantadora sonrisa en los labios:

—Voy a trasmitir unos sonidos que he convenido con mi hermano. Si él los recibe, me contestará en seguida.

Seguidamente y presa de una emoción que la embargaba por completo, lanzó un mensaje en lengua marciana bajo la mirada extraña del joven.

—«¡Estoy en peligro, Pro-Tel! ¡Envía ayuda inmediata! Poseo informes completos sobre los habitantes del Tercer Mundo... ¡Espero respuesta!»

Se separó del micrófono, conectando el altavoz.

—¿Qué clase de lengua es esa? —preguntó el ingeniero que, muy a pesar suyo, estaba mortalmente pálido.

—Es un lenguaje infantil del que nos servimos mi hermano y yo...

—Espere un momento; vuelvo en seguida.

Salió con la frente perlada de un sudor frío, precipitándose hacía el despacho del director al que expuso todo lo que estaba ocurriendo.

Su jefe, sin más preámbulos, telefoneó a la policía.

Después de escuchar sus manifestaciones, una voz se dejó oír al otro lado del hilo.

—Espere un momento, por favor; tengo orden de ponerle inmediatamente con el F.B.I.

Fue Jim Scotter, personalmente, quien se puso al aparato y escuchó nerviosamente la información del ingeniero.

—¿Dónde está ahora esa señorita?

—En el laboratorio haciendo una prueba con el aparato. Ha enviado un mensaje en un lenguaje extraño que jamás he oído.

—¡Distráigala como pueda hasta que nosotros lleguemos!

El ingeniero regresó al laboratorio, presa de un temor que las palabras de ánimo de su jefe no habían logrado amainar. Al entrar, encontró a Te-Lia sentada ante el aparato y mirando ansiosamente al altavoz.

—¿Ha obtenido usted la respuesta? —inquirió el ingeniero.

—No, aún no. Es demasiado temprano. No olvide usted que la velocidad de emisión es solamente de 300.000 kilómetros por segundo…

No entendió el joven el exacto sentido de aquellas palabras; pero, no obstante, le causaron una profunda extrañeza.

¿Adónde estaría llamando aquella misteriosa mujer?

Un par de minutos más tarde, el altavoz vibró débilmente, dejando oír una voz lejana que se expresaba en el mismo incomprensible lenguaje que había empleado antes la muchacha.

—«Te-Onix sale en tu ayuda al mando de cien astronaves repletas de A-képhalos armados».

Te-Lia suspiró aliviada. Los suyos no la habían olvidado y Pro-Tel había comprendido perfectamente su delicada situación.

En aquel preciso instante, las sirenas de los coches policíacos rompieron bruscamente el silencio que se había impuesto en el laboratorio.

Otra vez la fina intuición de la marciana la previno instantáneamente de la proximidad de un peligro. Lanzó una furibunda mirada al técnico y sacando de su bolsillo la lámpara electrónica, oprimió el botón.

Frente a ella, se produjo el mismo fenómeno de siempre: los aparatos se vieron lanzados contra las paredes y el ingeniero, impulsado por la barrera electrónica de la lámpara, cayó de espaldas quedando completamente inmóvil.

Te-Lia, sin preocuparse de nada, atravesó las salas que antes había atravesado junto al vendedor, y se dirigió rápidamente hacia la salida. Justamente en el momento que atravesaba la puerta se dio cuenta de que se hallaba completamente cercada.

CAPÍTULO VII

La lámpara electrónica de Te-Lia no era más que un potente proyector energético que establecía una barrera de electrones, dotados de especiales características y que impedían el paso a cualquier objeto, empujando y hasta destruyendo los que se interpusiesen a su formación.

Pero, además, por su forma de casquete semicircular y colocado a la altura de la cabeza de quien lo llevase, se convertía en una especie de invisible media naranja de unos quince metros de diámetro, constituyendo una cúpula bajo la que podía considerarse completamente a salvo la marciana.

Al ver la densidad de las fuerzas policíacas, que rodeaban totalmente la salida de la fábrica, Te-Lia colocó la lámpara sobre su cabeza, sujetándola con la mano y oprimiendo intensamente el botón que permitía la salida de la carga electrónica, prácticamente inacabable.

A pesar de los gritos de Jim, que acababa de llegar y que se había protegido en el dintel de una casa vecina, el jefe de la policía ordenó, después de repetir el alto a la joven, que sus hombres abriese un nutrido fuego contra la muchacha, disparando cerca de ella, mientras los mejores tiradores hacían puntería bien en las piernas de la marciana o intentaban destrozar la lámpara que ella sujetaba con el brazo levantado a la altura de su cabeza.

Como siempre, los proyectiles sonaron lúgubremente al chocar con la invisible barrera que encontraban y algunos de ellos, resbalaron tangencialmente contra el misterioso caparazón, antes de volverse contra los propios agentes hiriendo a algunos de ellos.

Sin inmutarse, pero deseando salir cuanto antes de allí, Te-Lia continuó avanzando mientras su lámpara sembraba la destrucción y el pánico a su alrededor.

Instintivamente, la joven se dirigió a uno de los coches, procurando no «empujarle» con la barrera electrónica, para lo que pulsó un nuevo botón, eliminando el envío de electrones por uno de los cuadrantes.

Subió al coche, sin dejar la lámpara y colocándola de modo que los cubriese por entero, así como al vehículo, para lo que hubo de sacar la

mano derecha por la ventanilla.

Mientras ponía en marcha el auto, algunos policías, ya fuera de sí al comprobar la inutilidad de sus disparos, lanzaron granadas lacrimógenas hacia el vehículo, sin obtener absolutamente nada.

Solamente Jim, dispuesto a no dejar que le ocurriese lo de la avenida, cuando intentó visitar a la mujer, corrió oblicuamente hacia una callejuela vecina en la que había dejado su coche. Lo puso en marcha y se lanzó como una exhalación por una calle paralela para desembocar justamente detrás del que conducía Te-Lia, en el momento en que ésta salía de los suburbios de la ciudad.

Plenamente consciente de las pocas posibilidades que tendría de lanzarse locamente contra la joven, Jim se limitó a seguirla, a una prudencial distancia, comprobando en seguida que la muchacha, que indudablemente no conocía la topografía del país, seguía la carretera principal en la que, con toda seguridad, se estaban ya formando las clásicas barreras policíacas.

Dispuesto a evitar que las catástrofes y las víctimas continuasen aumentando, el agente del F.I.B. comunicó por radio con los puestos vecinos y los coches de la policía, explicando claramente la situación y rogando que dejasen paso libre al coche que conducía la perseguida, ya que de nada serviría oponerle inútiles obstáculos.

Obtuvo por el momento que las barreras fuesen levantadas a lo largo de la autopista que seguía la joven. Manteniéndose a distancia, Jim consiguió seguir a la marciana sin que ésta se percatase de la persecución de que era objeto, ya que la circulación a aquellas horas era, bastante intensa y el agente del F.B.I. podía disimular su coche con gran facilidad.

De todas formas, fue informando por radio a las estaciones, puestos y coches policíacos de su avance, comprobando muy pronto que otros coches le seguían a distancia prudente para, con toda seguridad, prestarle una valiosa ayuda en el preciso instante que la necesitase.

En el coche del que se había apoderado, Te-Lia, francamente contenta por saber que los suyos vendrían a auxiliarla se sentía, no obstante, intensamente cansada. Llevaba varias noches sin dormir y aunque no había dejado de tomar las pastillas de los «bio-estimulantes» su organismo empezaba a manifestar una creciente fatiga.

Por otro lado, estaba completamente segura de haber burlado la vigilancia de los terrícolas y guiada por aquel error, detuvo el coche

junto a un bosque bien cuidado, adentrándose por un ramal secundario que terminaba en un verdadero callejón sin salida.

Frenó, descendió del vehículo y se fue a echarse a la orilla de un manso riachuelo que discurría por allí cerca. Completamente tranquila, cerró los ojos no sin tomar antes un comprimido que inhibiese totalmente, la actividad mental de su potente cerebro.

Momentos más tarde se había quedado profundamente dormida.

Mucho antes de que Jim, al que habían alcanzado los otros coches de la policía, se atreviesen a entrar por el camino que había tomado la joven, Harold Werner, un vagabundo profesional que vagaba por aquellos parajes, descubrió no sin sorpresa el cuerpo de la joven junto al arroyo. Hacía mucho tiempo que no se había presentado a Harold una pareja ocasión y después de lanzar una mirada a su alrededor, se apoderó del bolso de la joven vaciando integralmente su contenido en uno de los abultados bolsillos de su vieja chaqueta llena de remiendos.

Quince minutos más tarde, Jim, ayudado por los agentes de la Metropolitana, recogía prudentemente el cuerpo de la muchacha, colocándolo cuidadosamente en la parte posterior de su propio coche y sujeto por dos agentes para que el balanceo y los saltos no la hiciesen el menor mal.

Pero, cuando una vez en marcha echó una ojeada al bolsillo de la joven del que se había apoderado desde el primer instante, lanzó una exclamación de decepción al percatarse de que estaba completamente vacío.

* * *

Te-Onix, sentada ante los mandos de su propia astronave, lanzó una mirada al espejo retrovisor donde se reflejaba la magnífica e impresionante formación de los cien aparatos voladores que seguían ordenadamente al suyo.

Allá lejos, muy atrás, había quedado Marte brillando sobre el fondo negro del éter y apenas discernible entre los millones de astros que parecían envolverle.

La marciana lanzó un suspiro y, moviendo la cabeza en un gesto un

tanto brusco, intentó sacudir las molestas y depresivas ideas que la atenazaban desde que Pro-Tel le había comunicado la embarazosa situación de Te-Lia.

Una sorda rabia hacia los desconocidos habitantes del Tercer Mundo había sido la lógica conclusión de sus ideas y por eso, para percatarse de toda la fuerza que las autoridades marcianas le habían dado y que emplearía rigurosamente en pro de su amiga y hermana de casta, Te-Onix miraba con harta frecuencia a la impresionante escuadra de «platillos» que formaban una bella «V» detrás de su astronave.

Al aproximarse a la Tierra, cuando el Tercer Mundo era ya perfectamente visible, como una esfera azulada en la que la densa atmósfera ponía una nota de misterio, la marciana reguló sus aparatos receptores ultrasensibles que habían de ser los que la orientasen, sin error alguno, hacia el paradero de su compañera. En efecto, todos los objetos que ésta había traído de Marte poseían una fuerte cualidad radiactiva, dentro de las radiaciones no nocivas para la vida y que los receptores ultrasensibles se encargarían de señalar en cuanto tales cosas se hallasen en el campo de acción de los aparatos.

También ella, al igual que Te-Lia, había recibido, desde el fabuloso laboratorio del Uno, del Supremo, enseñanzas radiadas que le hicieron aprender el lenguaje y muchas costumbres del misterioso país en el que se disponía a tomar tierra.

La misma emoción que había sentido Te-Lia, al acercarse a aquel planeta, la embargó ahora a ella. Fuese como fuese, aquel mundo vecino de Marte era, en verdad, de una belleza irresistible y cuando, después de perforar la atmósfera, descubrió la inmensidad azul de los océanos, lanzó una exclamación de júbilo que hubiese escapado igualmente de cualquier marciano que se hubiera encontrado en su puesto.

Mientras tanto, mil «A-késphalos» yacían en el interior de las otras astronaves silenciosos e indiferentes a una belleza que no solamente no podían percibir, ya que les era completamente insensible. Con sus largos pies radiculares introducidos en los terrarios que les servían de suelo, absorbían las sustancias salinas de la tierra húmeda, tan impasibles como los seres vegetales a los que tanto se asemejaban.

Orientados desde la cabina donde iba la marciana, los cien «platillos» obedecían mansamente las directrices que el piloto automático de la astronave de Te-Onix les iba enviando. Así, aquellas curiosas máquinas voladoras marchaban en una formación impecable,

moviéndose a una velocidad asombrosa y sin moverse aparentemente de la geométrica figura que formaban ni un solo milímetro.

Los mapas especialmente hechos en Marte y que habían sido realizados merced a las telefotos obtenidas por las astronaves dirigidas que se habían enviado antes, al descubrir la vida en el Tercer Mundo, se adaptaban a las entrañas de un cerebro electrónico que a su vez estaba conectado con el piloto automático de la astronave.

Bastaba colocar las dos coordenadas de plástico sobre cualquier punto del mapa para que el «platillo» se dirigiese correcta y directamente al punto señalado. Un complejo sistema de orientación, basado en una línea imaginaria que iba de polo a polo magnético, permitía que el cerebro electrónico y el piloto automático gozasen de puntos primordiales de referencia para orientarse perfectamente en cuando el piloto vivo lo requería.

Te-Onix había señalado con las coordenadas de plástico, desde el preciso instante en que su nave especial cruzó la atmósfera, el territorio de los Estados Unidos hacia donde, dócilmente se dirigió la escuadra de astronaves.

Abandonado completamente la dirección a los mecanismos automáticos, la marciana oprimió el botón que ponía en marcha las ondas de los receptores ultrasensibles, no despegando la mirada de la ancha pantalla en la que se producían por el momento complejas espirales de percepciones que debían corresponder a extraños objetos interpuestos entre, la astronave y la superficie del planeta.

Mientras esperaba con verdadera y sincera ansiedad la señal que le indicaría la presencia de Te-Lia en un punto de aquel continente, la marciana pensaba en las armas que le habían permitido traer las autoridades de Marte, siempre dispuestas a no causar daño profundo a los habitantes de la Tierra con los que seguían confiando en llegar a establecer relaciones amistosas y provechosas para ambos planetas.

Todos los «A-képhalos», en número de mil —ya que cada astronave llevaba diez en su interior— estaban armados de fusiles repletos de cargas tetanizantes cuyo poder estribaban en producir la paralización total de toda la musculatura voluntaria, dejando inmovilizado por varias horas al que recibía uno de los invisibles proyectiles que brotaban de sus brillantes cañones.

Te-Onix intentaba imaginar todos los peligros que su compañera había tenido que pasar en aquel misterioso mundo y se estremecía muy a su

pesar, al intentar concebir la angustiosa situación en que se hallaba Te-Lia.

Fue entonces, cuando se encontraba a unos 12.000 metros de la superficie de la Tierra, cuando el receptor ultrasensible percibió la primera oleada de radiaciones que no podían proceder más que de las pastillas «bio-estimulantes» o de la «lámpara electrónica».

De un rápido movimiento, la marciana conectó el receptor con el piloto automático para que éste se acoplase, en dirección y marcha, a las impresiones que aquél recibía constantemente y cada vez con mayor intensidad. Después, no deseando llamar poderosamente la atención, hizo que su escuadra de astronaves permaneciese en el aire, excepto dos de ellas que siguieron mansamente a su «platillo».

Ordenó, por «radio-mental» a los «A-képhalos» de los dos aparatos para que se preparasen y empuñasen sus armas; luego, ya tranquila, observó la Tierra.

El verdor le causó una agradable impresión y no pudo por menos que recordar las áridas estepas de su planeta de origen. Efectivamente y tal como había dicho Pro-Tel, aquel mundo reunía características óptimas para la vida, y la amistad con sus habitantes podría proporcionar innumerables ventajas a los marcianos.

La pantalla del aparato receptor ultrasensible señalaba en aquellos momentos un lugar concreto situado a todas luces en aquella parte apartada y agreste del país.

Dulcemente, sin el menor ruido, ya que Te-Onix había suprimido hacía tiempo la marcha de los reactores nucleares de las astronaves, éstas se posaron sobre la hierba de un campo rodeado de altos setos por doquier. El silencio impresionante del lugar no se vio dañado por la llegada de los fabulosos aparatos que se posaron con una extraordinaria suavidad sobre la superficie de la Tierra.

Rápidamente, ya que la pantalla vibraba señalando la proximidad de los objetos de su compañera de casta, Te-Onix descendió de su astronave no sin antes desmontar otra pequeña pantalla, unida a la grande por un sistema de telecomunicación y que le permitiría una vez fuera del «platillo» orientarse hacia el lugar en que pensaba encontrar a Te-Lia.

Una vez fuera, esperó a que los «A-képhalos», a los que había ordenado descender de los dos aparatos que la seguían, se uniesen a ella. Mansamente a pesar de su alucinante aspecto, los «sin cabeza»

avanzaron hasta detenerse al lado de la joven, formando con ella un grupo que parecía haber surgido de la febril imaginación de un poseso.

Sosteniendo en una mano la pantalla y en la otra la lámpara electrónica, la marciana avanzó prudentemente hacia el lugar de donde partían con una gran intensidad, las radiaciones que recibía el receptor ultrasensible. Se movía el grupo en completo silencio, quedamente y solo, de vez en cuando, las largas y rugosas raíces de los pies de los «A-képhalos» producían un suave sonido al enredarse provisionalmente en algún matojo de hierbas.

* * *

Indudablemente, Harold Werner, el vagabundo profesional, que acababa de despertarse, con un apetito de excepción, no pensaba, ni remotamente, recibir visita alguna.

El día anterior, en una granja encantadora, había logrado apoderarse de un pato que devoró tranquilamente a muchas millas del lugar del hurto; después, deseoso siempre de poner la mayor distancia posible entre la policía y él, caminó desde muy de mañana hasta caer rendido al anochecer en el mismo lugar donde ahora se desperezaba.

Del bolsillo que se había apropiado es decir, de los objetos que sacó de él, la única cosa útil que halló fue un lindo montón de dólares que, por el momento, no había tenido ocasión de gastar, pero que pronto se proponía hacerlo convirtiendo el dinero en la mayor cantidad posible de whisky.

Al pensar en la deliciosa sensación que experimentaría su reseca garganta al contacto con el ardiente líquido, se pasó glotonamente la lengua por los labios, haciéndola chascar como si el whisky invadiese ya su acorchado gaznate.

Púsose en pie y recogió la tela de saco que había extendido sobre el suelo para dormir. Pero, en el mismo instante y surgiendo por la izquierda, vio llegar a la más fantástica aparición que jamás hubiese podido concebir, aunque se hubiese bebido la reserva total de cualquier bar americano.

Una joven de singular belleza pero vestida raramente venía en cabeza.

Detrás... ¡No, aquello era completamente imposible!

Se restregó enérgicamente los ojos, pero la aparición resistió a sus tentativas de considerarla como una alucinación y la muchacha, seguida por aquellos inconcebibles seres sin cabeza, continuó avanzando hacia él.

Durante unos segundos —nunca sabría cuántos— Werner sintió que sus piernas se negaban a hacer el menor movimiento, al tiempo que su corazón, latiendo desmesuradamente, parecía haber acaparado toda la energía vital de su cuerpo; luego, de repente, tras un escalofrío de horror y cuando la muchacha y los monstruos estaban a pocas yardas de él, sintió que su mecanismo corpóreo se ponía en marcha y que la necesidad del movimiento se hacía irresistiblemente imperiosa.

Dio media vuelta y salió disparado hacia los setos que tenía detrás.

Te-Onix no hizo más que levantar el brazo derecho. Automáticamente y al unísono, los veinte «A-képhalos» dispararon sus armas guiados por la mente de la marciana.

Harold pareció sobresaltarse en plena marcha, dio un brinco y súbitamente, mientras sus músculos tomaban una rigidez espasmódica y su cuerpo se envaraba hasta el límite de la resistencia, cayó derecho como una estatua que un invisible huracán hubiese desplomado.

Te-Onix se acercó al cuerpo del hombre examinándolo con curiosidad; luego, arrodillándose a su lado, registró minuciosamente los dilatados bolsillos de la multicolor y desgarrada chaqueta, recogiendo las pastillas «bio-estimulantes» y la lámpara electrónica de su compañera.

Al ponerse nuevamente en pie, no pudo impedir que las lágrimas acudiesen a sus hermosos ojos, ya que le parecía completamente imposible que Te-Lia siguiese con vida.

CAPÍTULO VIII

Los focos entrecruzaban sus ardientes y cegadoras trayectorias por lo que el humo de los cigarrillos ondulaban pareciendo querer enroscarse en los puntos luminosos que flotaban dentro de la luz

En el centro de aquel infierno, con los ojos entornados y la frente ardiente de fiebre, Te-Lia intentaba vanamente escapar a la creciente sensación de indescriptible angustia que se había apoderado de ella.

Hacía ya más de doce horas consecutivas que desde detrás de la barrera luminosa que la envolvía por completo, voces hoscas y extrañas, duras unas veces, hipócritamente dulces las menos, formulaban pregunta tras pregunta, insinuación tras insinuación, amenaza tras amenaza, sin descanso, implacablemente, siempre distintas, ya que los hombres encargados de interrogarla debían permutarse cada poco tiempo.

Desde el principio, con el sincero deseo de establecer con los humanos el contacto que le habían ordenado, había dicho la verdad, escueta y simplemente; pero, por primera vez, comprendió tristemente que los habitantes del Tercer Mundo eran mucho peores de lo que ella había llegado a imaginarse y que, cosa sorprendente para una marciana que no podía concebir la existencia de la mentira, aquellas criaturas dudaban de las palabras que ella pronunciaba, enfureciéndose al no recibir las respuestas que, sin duda alguna; ellos esperaban.

Habían llegado a desmoralizarla por completo y ella, a pesar de todos los esfuerzos que hizo para entenderlos, se quedó siempre lejos de las complicadas insinuaciones, de las veladas preguntas que los hombres la hacían.

—¡Eres una espía rusa, confiesa la verdad!

—¿Cómo has llegado a los Estados Unidos?

—¿Quiénes son tus agentes y enlaces?

—¿Cuándo saliste de la URSS?

—¿Dónde has escondido el arma que utilizaste en Nueva York?

Preguntas, preguntas, preguntas... Una lluvia de cuestiones que se seguían a un ritmo acelerado, impresionante, sencillamente enloquecedor.

Al principio, cuando la dejaron hablar, Te-Lia explicó su llegada, el accidente de automóvil que la había permitido pasarse por la desaparecida miss Shiley, su trabajo con Harwey y la misión que Pro-Tel le habían encomendado.

Carcajadas histéricas corearon sus manifestaciones y hasta uno de

ellos, ¿cómo adivinar quién, puesto que la mano surgió de la cegadora barrera de luz?, le golpeó en el rostro, haciendo salir un hilillo de sangre de sus labios desgarrados.

Considerando imposible que le creyesen, Te-Lia, terriblemente desmoralizada, se encerró en un mutismo del que no pudieron hacerle salir ni las promesas ni las amenazas.

Así, cuando después de aquella desesperante eternidad que para ella fue el interrogatorio, se apagaron los focos y fue conducida y dejada en una celda, la joven marciana que después de todo no dejaba de ser mujer, se dejó caer sollozando en el duro camastro que allí había.

Un poco más tarde, cuando se había serenado un tanto se dio cuenta de que no estaba sola.

El joven visitante, que debía haber entrado sin hacer el menor ruido, estaba sentado en una banqueta de las dos que había en la celda y junto a la mesita rústica que aparecía cargada de platos. Te-Lia le reconoció en seguida como el agente del F.B.I. que había ido a visitarla a las oficinas de Harwey y contra el que había lanzado la barrera electrónica de la lámpara.

Te-Lia sintió miedo.

Los recuerdos de lo que acababa de pasar le hicieron estremecerse de pavor y con el pánico impreso en el rostro volvió tímidamente la mirada hacia el joven. Este, ante su sorpresa, parecía sonreír simpática y sinceramente.

—He venido a verla —dijo—, porque estoy completamente convencido de que ha dicho la verdad…

Le miró ella con los ojos extraordinariamente abiertos; sin embargo, desconfiando de todas las manifestaciones de aquellas extrañas criaturas, volvió a encerrarse en su habitual reserva.

Jim comprendió perfectamente la frialdad que ella le manifestaba. Así, con voz que trasparentaba la sinceridad de sus intenciones:

—Comprendo que dude de mí y que desconfíe de todos; pero, ¿por qué no se presentó al principio con su astronave?

—Tenía que estudiarles a ustedes. Para mí, la Tierra era un mundo desconocido, un misterio en el que no podía adentrarme sin ciertas precauciones. Ya sabe lo que me ocurrió con sus aviones y con el

campesino que me vio...

—Lo comprendo. —Y picado por la curiosidad—: ¿Qué son exactamente esos seres a los que usted llama «A-képhalos»?

—Pertenecen a una raza que hace muchísimos siglos, constreñida por las revoluciones geológicas que se produjeron en Marte, degeneró monstruosamente. Miles de años después descubrimos a esos desdichados en un estado de depauperación verdaderamente horrible. Afortunadamente, nosotros estábamos ya lo suficientemente avanzados para utilizar nuestro lenguaje mental, que habíamos desarrollado en el curso de los últimos milenios. Así pudimos con facilidad hacer de los «A-képhalos» una nueva casta, empleándolos en misiones que eran vitales para nuestra permanencia en el planeta. Ahora, son felices, en la medida que pueden serlo...

La audaz pregunta brotó de los labios de Jim sin que éste se apercibiese casi de ello:

—¿Es usted feliz?

Ella le miró fijamente.

—¿Feliz? Indudablemente no como usted y los suyos...

—Comprendo. Pero no me refiero a comparaciones, sino a otras cosas; por ejemplo: ¿Ama usted a alguien?

—¿Amar? —indudablemente la marciana hacía un poderoso esfuerzo para interpretar las palabras del terrícola—. No —repuso finalmente —. Los individuos que pertenecemos a la casta de los «Képhalos-4» no podemos amar en el sentido que ustedes dan a esa palabra, ya que la casta encargada de perpetuar la especie en nuestro planeta es la de los «Képhalos-5».

Jim hacía por su parte esfuerzos por comprender el sentido de todo aquel tremendo misterio. Al contemplar a la joven, encontrándola ciertamente maravillosa, no podía llegar a entender cómo aquella belleza estaba condenada a la nada, cómo toda aquella armonía podía perderse exclusivamente en elucubraciones intelectuales.

Se acercó lentamente a la muchacha.

—No lo comprendo —dijo.

Te-Lia, por primera vez desde que se había iniciado aquella

conversación, sonrió mostrando una dentadura perfecta.

No dijo nada pero el hombre que seguía mirándola fijamente descubrió en lo hondo de sus pupilas una luz que no podía engañarle, aunque la hubiese apercibido en los ojos de cualquier habitante del Universo.

La sangre golpeaba frenéticamente en sus sienes y Jim sentía que una nueva emoción, irresistible, se estaba apoderando de él.

La distancia que le separaba de la marciana fue disminuyendo sensiblemente mientras ambos se contemplaban con una sorpresa en los ojos, como si por vez primera se acabasen de descubrir desde un ángulo inédito y emocionante.

—¿Cómo es posible que siendo tan bella no puedas amar?

Ella le miró con asombro, sin llegar a comprender a pesar de su maravilloso cerebro, aquella lasitud que se estaba apoderando irresistiblemente de ella. Por eso, cuando los labios del terrícola se posaron sobre los suyos y los brazos del hombre se ciñeron a su cintura, una fuerza que yacía, aparentemente apagada en el fondo de su alma, se iluminó con un resplandor cegador y algo —tremendo y maravilloso a la vez— se despertó en su ser.

De nada valían los razonamientos de su cerebro, los cálculos fríos y las ideas lógicas que se oponían a aquel renacer brusco de su feminidad. Durante siglos, las mujeres marcianas de la casta «Képhalos-4», que se habían dedicado por completo a la organización social del planeta, habían sido alejadas del amor por disposición de las castas superiores —todo cerebro— que juzgaron así un mejor empleo y destino de aquellas criaturas. Pero por encima de sus designios, con más fuerza que las perennes leyes, que ellos, los superiores, habían establecido, la magnífica fuerza de la naturaleza revivía ahora con más potencia que nunca en el fondo de Te-Lia.

Todo un mundo nuevo acababa de florecer en su pecho y un cúmulo de sensaciones, tan indefinibles como maravillosas, surgieron del fondo de su espíritu, invadiéndola por completo y considerándola en una indescriptible fiebre de felicidad.

Se apretó convulsivamente contra Jim, sin que la diferencia tremenda que les separaba pudiese romper aquel engarce que se estaba forjando entre ellos, salvando la distancia de millones de kilómetros que separaban sus puntos de origen y la diferencia de especie que existía entre ellos.

—¡Amor mío!

Ella no sabía qué decir, incapaz de expresar, en su extraño lenguaje marciano o en el que había aprendido en la Tierra, la felicidad en la que estaba sumida...

Permanecieron largamente unidos en aquel abrazo que saltaba el abismo cósmico que les separaba. Después, cuando se desunieron y mientras permanecían en silencio con las manos entrelazadas y mirándose fijamente, comprendieron mejor que nunca la clase de sentimiento indisoluble que les unía a partir de aquel instante.

—¡Te haré salir de aquí, cueste lo que cueste!

Jim hablaba con vehemencia, dispuesto a cualquier sacrificio. Sus ojos brillaban como ascuas y su cerebro trabajaba a gran velocidad. Luego, después de una pausa:

—Voy a irme, querida... ¡Dios mío!... ¡Cuánto me gustaría poder decirte en tu lengua todo lo que te quiero!... No te preocupes; ya verás como todo se arregla. Tengo una idea que voy a poner inmediatamente en práctica.

Rozó ligeramente con sus labios los de la muchacha y con una sonrisa salió de la celda.

Atravesó los despachos y las dependencias del FBI sin hacer caso de las conversaciones que naturalmente giraban alrededor del problema que planteaba la extraordinaria detenida.

Su coche le condujo a las afueras de Washington...

Lo detuvo ante una casa lujosa rodeada de un jardín cuidado con gusto. Una verja plateada se abrió ante él por medio de una célula foto-eléctrica.

Atravesó el jardín, deteniéndose ante la lujosa puerta; pulsó el timbre y esperó, tamborileando nerviosamente, hasta que un patilludo ayuda de cámara le abrió.

—¿Está el profesor?

—¿De parte de quién, por favor?

—De parte de Jim Scotter, del FBI.

—Tenga la amabilidad de pasar, señor Scotter. Espere unos instante

aquí; voy a prevenir al profesor.

Jim examinó, incapaz de sentarse, los bellos cuadros que colgaban de las paredes. Uno de ellos, sobre todo, llamó poderosamente su atención: se trataba de un capricho de Goya, en el que los negros y grises formaban inconcebibles figuras de pesadilla…

—Por aquí, señor.

La voz del ayuda de cámara le sacó de su ensimismamiento y después de lanzar una última mirada al cuadro, se dirigió hacia la puerta que el criado mantenía entreabierta.

Al otro lado, un despacho suntuoso, cargado no obstante de seriedad, se ofreció a sus ojos. De pie y ante una mesa enorme de patas talladas con figuras de atlantes que parecían esforzarse para sostener la masa superior del mueble, con sus espaldas inclinadas y los músculos salientes, se hallaba un hombre vestido con una sencilla bata blanca, inmaculada, que le cubría hasta por encima de las rodillas.

—¿Mister Scotter?

El visitante asintió con la cabeza.

—Tome asiento, por favor, mister Scotter.

Jim obedeció y se dejó caer en uno de los dos cómodos sillones que había ante la mesa. El profesor ocupó silenciosamente el otro.

Durante una docena de segundos, el sabio miró curiosamente a su visitante; luego, con una voz con timbre amable y dulce;

—¿Quiere decirme lo que desea?

—Sí, señor. Creo que su criado le habrá comunicado mi calidad de inspector del FBI…

—Eso me ha dicho, en efecto.

—Perfectamente. Sabrá usted que hemos detenido a una joven la cual afirma haber llegado a la Tierra en una astronave y proceder de Marte. Naturalmente, mis superiores toman sus afirmaciones por deseos de simulación o, en el peor de los casos, por el resultado de un estado de locura…

—Y usted, ¿qué piensa de ello?

—¡Yo estoy completamente seguro de que dice la verdad!

El profesor sonrió levemente.

—¿Es bonita esa… «marciana»?

—Mucho y, si lo que ha adivinado es que estoy loco por ella, no se equivoca en absoluto, profesor.

—Lo comprendo, pero todo eso no explica el motivo de su visita, mister Scotter.

—Voy a decírsela en seguida. Usted, profesor Roberts es uno de los asesores clínicos del FBI; en realidad, el más importante. Yo desearía que examinase a esa detenida y que diagnostique de una manera terminante…

—¿Que es una marciana? —el profesor movió la cabeza de un lado para otro—. No quisiera, señor Scotter, helar el entusiasmo que veo le domina; pero, lógicamente y por el momento lamento decirle que estoy de acuerdo con los resultados a los que han llegado mis colegas.

—¿Cree usted también que está loca? ¿No se ha enterado de cómo atacó, con una nueva arma completamente desconocida para nosotros, a los que intentaron detenerla? ¿No se ha enterado tampoco que resolvió problemas científicos solamente al alcance de media docena de sabios?

Se detuvo, un tanto avergonzado de haberse dejado llevar por aquel pueril entusiasmo que no había podido dominar.

—Perdone, profesor…

—No tiene importancia, mister Scotter. Por el contrario, sus palabras han tenido el poder de despertar definitivamente mi curiosidad. Y créame que sigo pensando que se trata de una enferma mental; pero, de todas formas, voy a solicitar el permiso para observarla y hacerla un electro-encefalograma. ¿De acuerdo?

—¡No sabe cuánto se lo agradezco, profesor Roberts!

—No se preocupe, muchacho. Voy a telefonear ahora mismo a Howard y veré lo que puedo hacer por usted.

Roberts se dirigió al aparato telefónico, comunicando poco después con el jefe del FBI y conviniendo con él en que la prisionera sería

trasladada a la clínica oficial donde se la efectuarían ciertas pruebas técnicas, de cuya realización se encargaría personalmente el propio profesor.

El entusiasmo visible de Jim era exagerado para el médico que no podía creer, en principio, que la verdad se hubiese manifestado claramente por los labios del joven agente. Le rogó, no obstante, que esperase mientras se vestía, ya que deseaba que Jim le acompañase hasta la clínica donde se iban a realizar los análisis mentales de la prisionera.

Cuando el coche del agente se detuvo ante la magnífica escalinata del centro médico más importante de Washington, la cantidad de vehículos oficiales detenidos en los aparcamientos especiales demostraron a Scotter que Te-Lia estaba ya allí y que debía haber sido conducida con una extraordinaria y exorbitante vigilancia.

Siguiendo al médico, Jim atravesó la barrera de hombres que el FBI había colocado alrededor del edificio y en los vestíbulos que conducían a las clínicas. Un ascensor ultrarrápido les condujo a la planta octava donde estaban situados los Servicios de Neurología.

Allí también, como en las otras dependencias, la vigilancia era extrema. El joven sintió un intenso rubor de ver la cantidad de fuerzas que había sido movilizada por una mujer que él hubiese dejado en libertad inmediatamente.

Mientras el profesor se dirigía a la sala en la que estaban instalados los aparatos científicos, Scotter pidió permiso a Howard, que se encontraba en el vestíbulo, para que le permitiese hablar con la detenida.

—Quiero tranquilizarla —dijo— para que no crea que vamos a hacerle mal.

Howard sonrió levemente.

—¡Es usted un muchacho bastante raro, Jim! Pero, si es feliz calmando a esa embustera, puede hacerlo.

—Muchas gracias, señor.

Los ojos de Te-Lia se alegraron, con una luz de confianza, al ver entrar al agente. Éste, después de besarla apasionadamente, empezó a hablar con rapidez.

—Escucha, amor mío; he sido yo el que ha hecho que te trajesen hasta aquí, ya que deseo que te hagan una prueba especial que no dejará de convencerlos de tu verdadera identidad. Yo no sé cómo explicarte el mecanismo del «electro-encefalógrafo», pero es algo que analiza las ondas eléctricas que se producen en nuestro cerebro. De todas formas, estoy seguro de que el tuyo, mucho más desarrollado que el de cualquier ser humano, producirá ondas distintas que echarán por tierra la hipótesis que se han forjado sobre ti, tomándote por una simuladora…

Ella, mientras acariciaba los cabellos del joven, apenas si le escuchaba, por primera vez en su vida, la marciana había perdido el interés por todo cuanto la rodeaba, excepto por aquella criatura de un mundo distinto al suyo y que había despertado en su alma una felicidad que ningún individuo de su casta había conocido desde hacía miles de años.

Por eso, su respuesta coincidió plenamente con la que hubiese hecho cualquier mujer terrícola en su puesto:

—Todo lo que tú hagas, querido, está bien hecho…

Instantes más tarde, la marciana era conducida a la sala de aparatos y cuando Jim intentó penetrar, detrás de Howard, éste, con una sonrisa en los labios, colocó el brazo sobre el borde de la puerta.

—Es mejor que esperes, Jim. No tardaremos mucho.

Desesperado, el joven salió del «hall» hasta llegar junto al departamento de los médicos. Tomó asiento en un saloncito que los doctores habían dejado completamente vacío, ya qué todos ellos habían subido a contemplar el experimento que iba a realizar el profesor Roberts.

Después de encender un cigarrillo, Scotter, con una mano distraída, pulsó el botón del aparato de radio que tenía al lado:

—En estos momentos —decía el locutor— se va a realizar una experiencia fundamental con la detenida que capturó el FBI y que fue la causante de los acontecimientos de la Cuarta Avenida en días pasados…

CAPÍTULO IX

Las palabras del locutor llegaron, al mismo tiempo que a los oídos del atribulado Jim Scotter, al altavoz «pansónico» de la astronave que pilotaba Te-Onix.

La marciana había pasado unas horas espantosas y por dos veces consecutivas estuvo a punto de volver la proa de sus astronaves hacia Marte, plenamente convencida de que su infortunada compañera había perecido en manos de aquellos crueles habitantes del Tercer Mundo.

El haber hallado las cosas de Te-Lia en poder de un hombre le había llegado a convencer plenamente de la inutilidad de una búsqueda que, por otra parte, más que difícil era imposible.

De todas formas, había recorrido aquella parte de la Tierra varias veces y a diferente altura, esperando tener la fortuna de descubrir un pequeño indicio revelador de la improbable existencia de Te-Lia.

Al oír la detallada descripción de aquel locutor de radio y cuando éste habló de los acontecimientos de Nueva York y de la misteriosa fuerza que había derribado coches y gentes, la marciana comprendió que se trataba de la lámpara electrónica y que el autor de todo aquello no podía ser otro que su compañera.

Escuchó atentamente, bebiendo las palabras que el altavoz «pansónico» iba vertiendo y así pudo saber que Te-Lia se hallaba en un edificio de Washington, denominado instituto Neurológico. Luego, cuando el charlatán describió la vigilancia extraordinaria que el FBI había establecido en los alrededores del centro médico y de la cantidad de coches policíacos que se estacionaban fuera, Te-Onix sonrió triunfalmente, ya que le sería sumamente fácil, sobrevolando la ciudad, distinguir y localizar, el sitio donde su compañera estaba presa en poder de los terrestres.

Por otro lado, la marciana estaba dispuesta a destruir una ciudad entera si era necesario; pero, las instrucciones que Pro-Tel le había dado, constreñían un tanto los violentos deseos de venganza que, de

vez en cuando, se apoderaban de ella.

Decidida firmemente a obrar, dirigió su poderosa escuadra de «platillos volantes» hacia Washington,

Por el momento y deseando evitar el ser sorprendida, ya que en algunas ocasiones se había visto obligada a rehuir el contacto y hasta la persecución; de las lentísimas máquinas voladoras de los terrícolas, hizo que sus aparatos volasen a gran altura, pendiente solamente del piloto automático que seguía mansamente las indicaciones dadas por las coordenadas que señalaban el final del viaje y el rumbo a seguir.

Utilizando la pantalla de su «visor espacial», una especie de televisión de una potencia y movilidad extraordinarias, la marciana pasó revista a los «A-képhalos» de las astronaves enviándoles mensajes mentales para que se preparasen.

Como de costumbre y manifestando una mansedumbre que rayaba en lo infrahumano, los seres de la casta sin cabeza salieron de sus cámaras apoderándose de los fusiles de proyectiles «tetánicos».

Instantes después, las astronaves se detuvieron por encima de Washington.

Te-Onix, dejando el resto de sus aparatos a aquella altura, bien envueltos entre una densa capa de nubes, descendió prestamente hacia la superficie y una vez que su astronave hubo salido a la claridad, apuntó con su «ultra-visor» la masa oscura de la ciudad.

Inmediatamente, las imágenes fueron reflejándose en la pantalla y así fue desfilando la urbe ante los ojos de Te-Onix. Calles, plazas, avenidas y gente que se movía de un lado para otro impelidos por motivos oscuros que no llegaba a entender completamente la marciana.

De repente, la pantalla reflejó la silueta de un gran edificio que multitud de vehículos rodeaban por entero y que un gentío enorme contemplaba desde las aceras y calles vecinas, contenido apenas por la barrera de policías que se balanceaba al impulso de los curiosos, ávidos de presenciar cualquier detalle de tan extraño asunto.

Después de precisar matemáticamente el lugar, Te-Onix hizo que su astronave volviese como una exhalación a reunirse con las otras. Extremadamente prudente, volvió a repasar el estado de los «A-képhalos», comprobando que todos ellos estaban preparados.

Había visto, no lejos del edificio que se proponía asaltar, un gran parque en cuyos terrenos podrían posarse las astronaves las unas junto a las otras. Desde allí y en muy poco tiempo, podría llegar hasta Te-Lia.

Como cien saetas brillantes, las astronaves, precedidas por la suya propia, se hundieron entre las nubes para reaparecer, dos mil metros más abajo, ante la ciudad, precipitándose hacia ella a una velocidad de vértigo.

Dieciséis segundos después de haber emprendido la marcha, se posaban con suavidad sobre el parque.

La llegada de los «platillos» no había llamado en realidad mucho la atención, ya que la mayoría de las gentes, absortas por lo que pasaba en el Instituto Neurológico, habían confundido los silbidos producidos por la marcha de las astronaves con el paso de algunas escuadrillas de aviones a reacción, cosa bastante corriente en la Capital Federal.

Tan sólo las pocas personas que tomaban el aire y el débil sol en el parque huyeron aterrorizadas al contemplar tan extraordinario espectáculo.

Pero, para Te-Onix todo aquello no eran más que menudencias sin importancia.

La puerta de su astronave se abrió y llevando en una mano la lámpara electrónica y en la otra un revólver «tetanizante», avanzó resueltamente, seguida por la legión de los «sin cabeza» que ocupaban la calle en anchura y con una profundidad de cerca de trescientos metros.

La alarma cundió casi inmediatamente y los gritos de horror empezaron a surgir por doquier, ya que numerosas mujeres se desvanecían ante la visión dantesca de los «A-képhalos» que, por su parte y obedeciendo las órdenes mentales de la marciana, disparaban sin cesar dejando a su paso centenares de cuerpos que permanecerían inmóviles durante mucho tiempo.

Medio centenar de los «sin cabeza» habían sido dotados de lámparas electrónicas que movían pausadamente, guiados por la vista de Te-Onix. Así, cuando las primeras fuerzas policíacas, urgentemente requeridas al lugar, empezaron a hacer fuego con sus metralletas, sus disparos quedaron totalmente sin efecto, mientras que los que les dirigían los «A-képhalos» daban pon ellos en tierra, donde quedaban en las más inverosímiles posturas.

Mientras las autoridades que habían logrado escapar prevenían rápidamente a las fuerzas armadas, requiriendo su urgente ayuda, los marcianos, después de abrirse paso por varias calles y plazas, llegaban ante la entrada del edificio, al que se encaminaron sembrando el terror en el gentío, que huyó despavorido y presa del más incontrolable de los pánicos.

* * *

Después de cerrar con un gesto de indomable fastidio el aparato de radio, Jim, incapaz de estarse en el salón de los doctores, subió lentamente las escaleras que conducían al «hall» junto a la sala donde trabajaba en aquellos instantes el profesor Roberts.

El agente del FBI, presa de una agitación creciente, lanzó una ansiosa mirada a la puerta cerrada que, para más seguridad, estaba vigilada por cuatro agentes uniformados de la Policía Metropolitana.

Jim intentó adivinar lo que estaba ocurriendo al otro lado de aquella maldita puerta, que la intransigencia de Howard había cerrado ante él. Se imaginó a la marciana tendida en el lecho y con varias docenas de cables que habían sido colocados sobre su cabeza y por los que iba su potente corriente mental hacia el tambor del aparato que registraba, inscribiéndolos sobre un cilindro de papel, la actividad de sus neuronas[2].

Estaba casi completamente seguro de que el experimento no podía fallar y que el profesor se daría cuenta de que aquel portentoso cerebro no podía pertenecer en modo alguno a una criatura de la Tierra.

Pero, desdichadamente acostumbrado a la cerril manera con que sus superiores tomaban sus asuntos en la mayoría de las ocasiones, temía que el criterio de muchos, que veían espías rusos por todas partes, no se impusiera, dando al traste con los evidentes resultados que proporcionase el aparato.

¿Por qué tenía él una confianza tan ciega en la muchacha, por la que sentía como suyas las palabras que había pronunciado ella?

Se paseó por el «hall», presa de una angustia que no hacía más que crecer, ocupando ella todos sus pensamientos y haciéndole sentirse el

hombre más desdichado del mundo.

Cuando la puerta se abrió y apareció Howard seguido del profesor, el corazón del joven se puso a latir aceleradamente; durante los primeros segundos no se movió del lugar que ocupaba, temeroso de haber perdido aquella vital batalla que libraba por la mujer que amaba.

Pero muy pronto se dio cuenta de que Howard y el sabio discutían acaloradamente y, movido por una irresistible curiosidad, avanzó hacia ellos.

—¡Yo no puedo comunicar eso al Pentágono! —exclamaba Howard—. No tengo ganas de que se rían de mí.

El profesor se había detenido y clavó su mirada en el rostro congestionado de su interlocutor:

—¡Y yo no puedo afirmar, en manera alguna, que se trata de una simuladora ni de una demente! Las pruebas que el electroencefalógrafo me ha dado son la evidencia misma.

—Pero..., ¿no puede haber un error, profesor?

—¡Ninguno! El cerebro de esa criatura posee un estado evolutivo que no corresponde a ninguno de los de nuestro planeta. ¡Esa muchacha no procede de la Tierra, sino que ha llegado a ella de otro planeta!

—¡Eso es absurdo, profesor! ¡Imagínese la cara que pondrían en el Pentágono si les fuese diciendo que hemos capturado una marciana! Se reirían en mis barbas sin el menor recato.

—Puede usted hacer lo que desee, mister Howard. Yo, por mi parte, voy a hacer un informe científico comunicando el resultado de mis observaciones. ¡Hasta la vista!

Intentó avanzar, pero Howard lo tomó bruscamente del brazo. El profesor giró sobre sus talones, enfrentándose con el otro. Su rostro había adquirido un intenso color escarlata.

—¿Qué significa esto? —llegó a articular.

—Significa, profesor Roberts, que no le autorizo, por el momento, a que abandone esta clínica. Cientos de periodistas están esperando abajo y no puedo permitir que la prensa se haga eco de sus excéntricas pretensiones. Una comunicación de tal género producirla una oleada de pánico en el país.

Roberts no repuso nada. Se soltó un tanto bruscamente de la mano del otro y bajando la cabeza, dijo con una voz apenas audible:

—Está bien; usted manda, por ahora.

Fue entonces cuando Jim se atrevió a acercarse al profesor.

—¡Muchas gracias, señor!

El médico levantó la cabeza, mirando con extrañeza al agente.

—¿Gracias por qué?

—Por haber demostrado que no se trata de ninguna loca ni de ninguna espía.

Roberts sonrió tristemente,

—Yo no he demostrado absolutamente nada, amigo mío. Pero de todas formas desearía hacerle una pregunta.

—Diga.

—¿Está usted enamorado de ella?

—Sí, señor.

—Es curioso. Sin duda alguna, es esta la primera vez que una cosa semejante ocurre. En fin, le rogaría que cuando todo esto acabe pase por mi casa, ya qué quisiera hacerle algunas preguntas.

—Lo haré.

—Ahora soy yo quien le da las gracias, mister Scotter.

Intervino entonces Howard que se acercó acompañado de dos hombres del FBI.

—Por favor, profesor; tenga la amabilidad de acompañar a estos señores.

—Perfectamente.

Roberts se alejaba acompañado por los dos hombres de Howard cuando repentinamente llegó hasta el «hall» el furioso ruido de las descargas de metralletas.

—¿Qué ocurre? —inquirió Howard un tanto pálido.

Nadie pudo contestarle, puesto que en aquel preciso momento la puerta se abrió y un hombre desmelenado y con ojos desorbitados penetró corriendo, dirigiéndose directamente a Howard.

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Los marcianos nos atacan y vienen hacia aquí!

Sin poderlo evitar, Howard volvió la cabeza para encontrarse, tal y como lo suponía, con la sonrisa despectiva del profesor. Furioso, se acercó al recién llegado.

—¿Te has vuelto loco, Fenderston?

El aludido movió la cabeza de un lado para el otro. La pregunta que acababa de dirigirle Howard era obvia, ya que el terror que se pintaba en aquel rostro evidenciaba todo lo que había visto.

—¡Es verdad, señor!... ¡Son seres sin cabeza!

Howard intentó dominarse, lográndolo por verdadero milagro; después, volviéndose hacia sus hombres, gritó con voz estentórea:

—¡Vamos!... ¡Preparad las armas!

Pero tampoco hubo necesidad alguna de que saliesen del «hall». Una mujer, fantásticamente vestida y con una cierta semejanza con la prisionera acababa de aparecer en el dintel de la enorme puerta del vestíbulo, siendo inmediatamente seguida por un grupo de seres cuyo organismo se acababa, con una especie de repugnante muñón carnoso a la altura del cuello.

Al ver la linterna que llevaba la marciana, Jim, instintivamente, se lanzó al suelo.

Pero de todas maneras nada pudo hacer, ya que apenas comenzados los primeros disparos, que locamente tiraron los del FBI, los marcianos iniciaron unas endemoniadas descargas que fueron derribando con una precisión matemática a cuantos se les oponían.

Pasando sobre los cuerpos inmóviles de los agentes que, por paradójico que pareciese, conservaban intactas sus facultades sensoriales, ya que los proyectiles marcianos no atacaban más que a la musculatura voluntaria, los «A-képhalos», siguiendo a Te-Onix, fueron registrando las habitaciones hasta hallar a Te-Lia, que se abrazó emocionada y con los ojos llenos de agradecidas lágrimas, a su

compañera y liberadora.

Al salir, Jim, que las miraba angustiosamente, sin poder hacer el menor movimiento, sintió algo mucho peor que la misma muerte cuando ambas, seguidas por los monstruos «sin cabeza», se alejaban definitivamente.

Jim hubiese querido gritar para llamar a Te-Lia, pero todos sus esfuerzos, que partieron de su febril mente, quedaron en vanos deseos, ya que el cuerpo se había vuelto completamente insensible a sus llamadas y no respondía a las desesperadas órdenes que el joven le hacía.

CAPÍTULO X

Al cabo de algunas horas, cuando la «muerte aparente» de los caídos ante los marcianos cesó por completo y pudieron levantarse, hablar y moverse como antes, la sorpresa fue general.

Howard, corrido de vergüenza, salió rumbo al Pentágono, tras balbucear algunas excusas ante el profesor. Éste, con la misma sonrisa de siempre, caballerosamente y sin ninguna clase de rencor, dio por terminado el incidente.

Jim se acercó a él.

—¿Qué sucederá ahora? —inquirió el joven.

—¿Qué quiere decir?

—Que Howard hará un informe y es casi seguro que se proceda a una movilización general de todas las fuerzas...

Robert frunció el entrecejo.

—Tiene usted razón, Scotter. Habrá movilización general, consultas en la O.N.U. y pactos entre las naciones para montar la defensa de los humanos contra los marcianos, qué no han hecho daño alguno… ¡Así es la vida, amigo mío! Los hombres perdemos muchas oportunidades por creemos estúpidamente los reyes del Universo.

El joven parecía muy lejos de aquellas filosóficas ideas.

—Lo que lamento —dijo— es que no volveré a verla jamás.

El profesor puso la mano sobre el hombro del agente.

—Debe olvidarlo, Jim; olvidarlo definitivamente, porque eso no puede ser más que un sueño delicioso…

—¡No puedo! ¡Jamás lo olvidaré! Es verdad que es algo que posee todas las características de un sueño delicioso y que se rompe al despertar como algo demasiado frágil y hermoso para ser verdad. ¡Pero no me pida que olvide, profesor!

Estaban ya junto a la salida de la clínica y cuando menos podían esperarlo, una verdadera nube de periodistas se lanzó contra ellos.

Por un lado, las preguntas empezaron a llover sobre el médico; pero, momentos más tarde, Jim era el principal objetivo de los redactores, ya que alguien —sin duda alguna un agente de Howard que debía haber oído algo— había comunicado a los periodistas el fantástico noviazgo que el joven tuvo con la marciana.

Prometiéndose un éxito periodístico sin parangón en la historia de la Prensa, los redactores se lanzaron ávidamente sobre el agente, dirigiéndole pregunta tras pregunta y sin dejarle tiempo para reflexionar. De todas formas, Scotter contestó sinceramente a cuantas cuestiones le fueron formuladas, poniendo de relieve las intenciones de los marcianos y el error que el FBI había cometido con la joven capturada.

Jamás se había conocido un éxito informativo semejante. Las tiradas batieron todos los «records» y las agencias de televisión buscaron sin descanso a aquel muchacho que había conseguido; con una sencillez verdaderamente maravillosa, enamorar a una criatura procedente del otro lado del espacio.

Miles de llamadas telefónicas, telegramas y cartas llovieron sobre la emisora de televisión que había logrado llevar a Jim hasta sus estudios. Le fueron prometidos millones de dólares y firmó contratos por doquier, sin darse exacta cuenta de lo que hacía.

Por encima de todas aquellas mezquindades publicitarias, Jim deseaba decir a todo el mundo lo que los marcianos habían venido a hacer a la Tierra y cuáles eran sus pacíficas intenciones. Deseaba ardientemente evitar que los prohombres de las naciones, cegados por una necia idea

de la realidad, desencadenasen una feroz guerra con Marte o dispusiesen sus armas para recibir brutalmente a futuros emisarios interplanetarios.

Imbuidos por muchas fantásticas historias, por terroríficos films, los humanos habían pensado siempre con horror en las criaturas posibles en otros mundos. Y era precisamente aquello lo que Jim deseaba echar definitivamente por tierra.

La campaña del joven agente del FBI empezó a desarrollarse con un éxito clamoroso llegando a límites histéricos, como siempre, ya que las jóvenes estadounidenses, fácil presa para cualquier campaña publicitaria, se inscribieron rápidamente en unas listas que una célebre firma comercial empezó a montar con el pomposo título de «Novias de los Marcianos».

Todas ellas esperaban, con impaciencia rayana en el histerismo, la llegada de apuestos astronautas de Marte, a los que dibujantes desaprensivos habían dotado de tipos de Adonis y que podían verse en la mayoría de los escaparates de las tiendas de todas las ciudades.

Jim se percató demasiado tarde del nefasto alcance que había producido su sinceridad hacia todos y, profundamente asqueado, completamente decepcionado, huyó de la ciudad, haciendo entrega de todo lo que había ganado para el estudio del Espacio y de sus criaturas.

Entretanto, los gobiernos habían tomado la palabra y después de hacer una intensa propaganda con los muertos de la célebre avenida de Nueva York, en fotografías que recorrieron todo el mundo, lograron encauzar a la opinión pública por un canal opuesto al que deseaba Jim.

Escuadrillas especiales recorrieron el espacio y grandes grupos de aparatos de radar fueron colocados en lugares estratégicos, dispuestos a revelar el menor asomo de astronave para iniciar un feroz cañoneo contra ella.

El mundo entero, con su versatilidad acostumbrada, se puso en guardia contra los marcianos, disponiéndose a luchar por lo que pomposamente se empezó a llamar por aquel entonces «la civilización humana».

Años más tarde, un viejo político europeo e isleño manifestó, cuando todo aquello se había olvidado:

—Gracias a la amenaza marciana terminamos por diez años con la «guerra fría».

* * *

Té-Onix observaba curiosamente a su compañera mientras ésta hablaba, con la cabeza baja, echada en uno de los sillones funcionales de la cabina.

De vez en cuando, sin interrumpir a su amiga, Te-Onix movía suavemente la cabeza, de un lado a otro, como si negase tácitamente lo que iba escuchando; después, cuando Te-Lia acabó de hablar, una sonrisa incrédula apareció en los finos labios de la otra.

Te-Lia se atrevió solamente entonces a levantar su cabeza para clavar sus azules pupilas en las grises de su amiga. Ésta, tras lanzar un profundo suspiro, dijo:

—¿Cómo es posible que te haya ocurrido una cosa así, Te-Lia?

Había un tierno reproche en el tono de la pregunta que no pasó inadvertido a Te-Lia.

—¿Crees que es algo malo?

—Evidentemente que sí. Y, más que malo, extremamente peligroso. —Hizo una pausa—. Nunca hubiese llegado a creer que una de nosotras pudiese experimentar deseos y emociones que no pertenecen más que a la casta de los «Képhalos-5».

Toda la pasividad y sumisión que se pintaba en el sereno rostro de Te-Lia desaparecieron como por encanto. Una firme decisión dio a sus pupilas un nuevo brillo al tiempo que sus mejillas se empurpuraban intensamente.

—¿Es que no te das cuenta, Te-Onix, de que nuestras castas han sido artificialmente creadas porque así convenía a los intereses de Marte? Todos, desde los desdichados «A-képhalos» hasta el Supremo, eran iguales hace milenios. Alguien indudablemente orientó la creación de las castas para dividir el trabajo y que pudiésemos evolucionar tan rápidamente como lo hemos hecho. Pero, al hacerlo, nos arrancó algo fundamental, único, apagando un fuego maravilloso que todos,

absolutamente todos, llevábamos dentro. Tan sólo los «sin cabeza» y los «Képhalos-5» siguen normales y viviendo, a pesar de la desdicha de los primeros, dentro de un cauce estupendo, ya que se les ha permitido amar…

Entornó los ojos y con palabras febriles, que llegaban a quemarle los labios:

—¿Qué sabes tú de eso, Te-Onix? Cuando él me cogió en sus brazos, cuando posó sus labios sobre los míos, cuando sentí su presencia a mi lado, una fuerza irresistible surgió de lo hondo de mi alma encendiendo todo como si nos hubiésemos trasladado, de golpe, al Sol. Nada me importó el peligro que me amenazaba; nada las torturas que los terrícolas podían ejercer conmigo y, siéndote franca, nada me importaba volver a Marte mientras ello llevase consigo el separarme de él…

El asombro se pintó en las facciones de su compañera.

—¡Estás loca, Te-Lia, rematadamente loca! ¿Cómo has podido llegar a un tal desagradecimiento, olvidando tus sagrados deberes en Marte? Allí está tu puesto, hermana mía; junto a los que luchan por ti y para todos.

Te-Lia, pálida como la muerte, se había levantado y antes de que la otra pudiese hacer algo para evitarlo, se precipitó hacia las armas, apoderándose de una pistola «tetanizante» y conservando a su espalda el arsenal donde yacían las lámparas electrónicas. .

—¿Qué vas a hacer? —balbuceó Te-Onix.

—¡Volver! Quiero que me dejes en el Tercer Mundo. Una vez allí, le buscaré por todas partes y ya nada ni nadie me separarán de él.

Te-Onix intentó convencerla.

—¡No hagas locuras, hermana! Tú ya sabes que tu vida está en Marte y que aquí, entre esos seres ambiciosos, crueles, embusteros e hipócritas no podrías vivir mucho tiempo. Tú misma me has contado muchas cosas del Tercer Mundo y de cómo son las criaturas que lo pueblan. Tú me has hablado de crímenes, de asesinatos horribles y del tremendo poder que ha alcanzado entre los terrícolas eso que llaman dinero…

—¡Sí, yo te he dicho eso, pero también te acabo de decir que él es diferente! ¡Estoy segura de que lo es y de que hay muchos como él!

Ahora, cuando volamos muy lejos del Tercer Mundo, llego a la conclusión de que estaba equivocada y que lo malo no es solamente lo qua domina en la Tierra. También tiene que haber hombres buenos, sencillos, para los que el dinero no signifique nada...

Hizo una corta pausa y respiró profundamente.

—¡Voy a volver, Te-Onix, voy a volver! —exclamó decidida—. Nadie me lo impedirá, pero desearía no tener que disparar contra ti, hermana mía. Quisiera convencerte de lo irrevocable de mi decisión o hacerte sentir la intensidad de mi dicha.

Hubo un largo silencio entre ellas. Luego, repentinamente, Te-Onix extendió su largo brazo hacia su amiga.

—Está bien; si deseas regresar, vamos a hacerlo. Voy a los mandos.

Sin dejar la pistola de «tetanización», Te-Lia observó curiosamente a la otra marciana, convenciéndose en seguida de la lealtad de sus sentimientos. Entonces, dejando caer el arma al suelo, corrió hacia ella abrazándola mientras sus ojos derramaban generosamente las lágrimas.

—¡Gracias, hermana mía!

Dejando las astronaves de los «A-képhalos» detenidas en el espacio, la que conducía Te-Onix hendió el vacío retrocediendo hacia el Tercer Mundo. En los ojos de Te-Lia brillaba intensamente la luz de la dicha que la consumía al mismo tiempo que la impaciencia.

Pronto llegaron a la densa capa atmosférica que rodeaba a la Tierra y sin ninguna duda, después de plantar las coordenadas sobre el mapa de la cabina y conectar el piloto automático, la marciana dirigió decididamente la astronave hacia lo que los terrícolas llamaban los Estados Unidos.

—Debemos oír sus emisiones —dijo Te-Lia—. Es posible que solamente de esa manera logremos conocer el lugar donde él se encuentra.

Sin descender demasiado y flotando en la ionosfera, el «platillo» se mantuvo allí largo tiempo mientras las dos marcianas escuchaban las emisiones de las radios americanas para captar un mensaje que las orientase en su búsqueda.

Tres horas más tarde y cuando los ojos de Te-Lia habían empezado a

perder el brillo intenso que antes tenían, un locutor comunicó que Jim había abandonado Washington dirigiéndose hacia Chicago, después de entregar una fortísima suma de dinero para la investigación interplanetaria.

La joven buscó afanosamente la ciudad, colocando las coordenadas automáticas.

Con una sonrisa, su compañera puso la astronave en marcha.

Apenas había descendido seis kilómetros cuando se vieron envueltas por una tremenda cantidad de explosiones, que sacudían horriblemente la astronave.

—¡Nos están atacando, Te-Onix!

Resueltamente, la marciana hizo funcionar el sistema de lámparas electrónicas que envolvían el «platillo» con una barrera infranqueable. A partir de aquel instante, los proyectiles terrícolas explotaron inútilmente fuera de la barrera, sin que la astronave se moviese lo más mínimo.

—¿Verdad que vamos a volver? —inquirió Te-Lia convencida de la inutilidad de todo esfuerzo.

Te-Onix movió la cabeza de un lado para otro.

—¿Volver? ¿Después de que has abierto en mi alma un ansia que jamás había sentido? ¡No, hermana mía! Deseo verte con tu terrícola para convencerme de que las cosas pueden aún cambiar en Marte. Me has convencido, pequeña, y el Supremo tendrá que entrar en razones. Hasta ahora estaba plenamente convencida de que nuestro estado era el mejor; pero, desde que te he visto llorar, desde que he descubierto un brillo absolutamente nuevo en tus pupilas, he comprendido que nuestra pobre casta ha sufrido durante miles de años un tormento mil veces peor que el de los «A-képhalos». ¡No! ¡Vamos a la Tierra, a pesar del poco amistoso recibimiento que nos han hecho!

Pulsó el botón de la marcha, que había interrumpido al ser sorprendidas por el bombardeo y la astronave, emitiendo un prolongado silbido, hendió el aire, encaminándose como una exhalación hacia la superficie de la Tierra.

Nuevas barreras de proyectiles hubieron de atravesar; pero, gracias a la defensa de las lámparas electrónicas, pasaron con suma facilidad, llegando al punto que deseaban diez minutos más tarde.

Aterrizaron no lejos de la ciudad de Chicago.

—¿Qué debemos hacer ahora? —inquirió Te-Onix.

—Yo voy a salir. Interrumpe unos instantes la barrera electrónica, mientras salgo y vuelve a establecerla inmediatamente, ya que estoy segura que nos habrán localizado. Cuando regrese, sola o acompañada, permitirás mi entrada y podremos alejarnos definitivamente. ¿De acuerdo?

—Perfectamente, pero ten cuidado.

—Lo tendré. Me llevo dos lámparas electrónicas y dos pistolas «tetanizantes». Además, como he conservado mis ropas terrícolas, podrá serme más fácil el llegar a la ciudad sin llamar la atención.

Salió del «platillo» y se alejó con paso presuroso. El Sol se ponía en el horizonte, en medio de un bello incendio que parecía ensangrentar las nubes.

Después de atravesar una campiña, la marciana llegó a una gran carretera. El recuerdo de aquella noche del accidente, que tanto facilitó sus planes, le hizo sonreír. Pero sobre todo recordó también la estupenda costumbre del «auto-stop», disponiéndose a utilizar aquel procedimiento que le ahorraría una enorme cantidad de tiempo, evitándole también muchas molestias.

Minutos más tarde, Te-Lia, al lado de un conductor de un elegante coche, sonreía sin escuchar los galantes propósitos que el hombre, sin el menor reparo, le iba haciendo.

La idea de poder volver junto a Jim, de convencerle para que la acompañase a su lejano planeta, le parecía una quimera demasiado hermosa para ser real.

—¿En qué estás pensando, preciosa?

Ella se volvió al conductor. Estaba de un humor excelente.

—Pensaba en que es posible que mañana leas mi nombre en los periódicos. ¡Voy a ser una mujer famosa!

El hombre se encogió imperceptiblemente de hombros.

«¡Qué lástima que todas sean iguales!», pensó.

Cuando penetraban en la ciudad, Te-Lia, que había leído la matrícula

del coche, se atrevió a preguntar:

—¿Es usted de Chicago?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Conoce a un hombre llamado Jim Scotter del que han hablado mucho estos días en la radio, en la prensa y la televisión?

—¿Quién no conoce a ese loco? Llevábamos ya tres semanas oyendo sus sermones y, si no para de decir estupideces, acabamos todos como cencerros. Sí, está en el Clayron Hotel, aquí, en Chicago. ¿No me dirás que deseas verle? Las mujeres sois tan tontas que cualquier mequetrefe que dice cuatro bobadas os deja con la boca abierta.

La marciana apenas le escuchaba...

—No —repuso distraída—. No deseo verle; era solamente por curiosidad.

La dejó en el centro de la ciudad y al hallarse sola, la joven no perdió mucho tiempo en preguntar a un agente la dirección del hotel donde Jim se alojaba.

Media hora más tarde penetraba en el suntuoso edificio.

—¿A quién anuncio? —preguntó el empleado de la recepción.

—Dígale que le espera la señorita Shiley.

Le hicieron pasar a un saloncito y minutos después Jim Scotter, con los ojos muy abiertos e intensamente pálido la contemplaba inmóvil desde el umbral de la puerta.

Avanzó prudentemente, con pequeños pasos, como si temiese que se tratase solamente de una alucinación de sus sentidos que fuese a desvanecerse de un momento a otro.

—¡Te-Lia!

—Sí, soy yo. Escucha, querido, tenemos muy poco tiempo para hablar y deseo saber si quieres venir conmigo...

—¿Adonde?

Ella no se atrevió a decir «Marte», por no asustarle.

—Lejos…, muy lejos, amor mío. Una astronave nos está esperando…

Jim comprendió perfectamente el tremendo sentido de la palabra «lejos»; pero, sin embargo, ni un solo músculo de su rostro se movió, permaneciendo impasible. Ni un segundo rozó la duda, el temor o la indecisión su ardiente deseo de seguir a aquella mujer hasta donde fuese.

—Vamos —dijo sencillamente.

Tomaron un «taxi» y fue la marciana la que indicó el camine. Se había fijado detalladamente en el lugar exacto en que tenían que abandonar la carretera y el vehículo que acababan de alquilar.

Durante el trayecto, Te-Lia entregó la linterna electrónica y la pistola «tetanizante» a Jim.

—Se han dado cuenta de nuestra llegada y nos han atacado con proyectiles obligándonos a protegemos.

—¿Quién ha venido contigo?

—La misma persona que me salvó: Te-Onix, una hermana de casta.

Hubo un corto silencio.

—¿Tardaremos mucho en llegar a…?

Tampoco él se atrevió a nombrar el lejano planeta. Parecía como si el nombre impusiera en su mente algo horriblemente extraño. Te-Lia se dio perfectamente cuenta de ello.

—Si lo deseas, Jim —era la primera vez que le llamaba por su nombre —, podemos quedamos en la Tierra. Yo haré lo que tú me digas.

—No, querida. Aquí no lograría ser feliz. He tardado bastante en darme cuenta de la locura que arrastra a los humanos, pero el despertar de mi sueño ha sido particularmente doloroso. Ahora sé que no tenemos cura y que, hagamos lo que hagamos, iremos jalonando las páginas de nuestra historia con los más sangrientos y crueles disparates.

Ella no dijo nada, pero se acercó aún más a Jim. La felicidad volvía a embargarla por completo.

Despidieron al «taxi» y momentos después, cuando empezaban a atravesar una campiña oscura, escalando una suave pendiente, fueron

detenidos por un agente.

—No se puede pasar.

—¿Qué ocurre?

—Hay un «platillo volante» que ha aterrizado cerca de aquí y los tanques y cañones lo están rodeando.

Jim enseñó sus credenciales.

—¿Está por aquí el señor Howard? —inquirió.

—Sí, señor. Un poco más a la izquierda, al lado de los reflectores. No le será difícil encontrarlo; pero, por favor, no se separe mucho de la línea de los agentes: esos marcianos son muy peligrosos,

—Gracias; tendremos cuidado.

Los reflectores iluminaban plenamente la astronave que brillaba como si fuese de plata.

Caminaron, fuertemente cogidos de la mano y en medio de un silencio completo hasta el lugar donde se hallaban los reflectores. La maciza silueta de Howard se hizo en seguida visible.

Jim avanzó decididamente hacia él.

—¿Qué haces aquí, Scotter?

—Quiero hablar con los marcianos, señor.

—¿Quién es esa mujer?

Pero no tuvo necesidad de esperar la respuesta porque la reconoció en seguida, retrocediendo un tanto asustado.

—¡Es la marciana! —exclamó.

Luego, repentinamente, pareció tranquilizarse y sonriendo:

—¿Ha ido a buscarte, eh?

—Así es.

—¿Quién hay ahí dentro? —preguntó señalando a la astronave.

—Otra mujer.

A Howard le faltó muy poco para frotarse las manos. Nunca hubiera llegado a imaginar que el triunfo se le ofreciese de manera tan sencilla,

—Está bien. Podéis acercaros y hablar con la otra. Necesitamos conocer sus intenciones con el máximo detalle.

Se alejaron los dos jóvenes, y Howard, sin perder tiempo, habló velozmente por la pequeña emisora que llevaba su ayudante.

Ya cerca de la astronave la mano de Te-Lia oprimió fuertemente la del joven.

—No te separes de mi, querido. Cuando Te-Onix nos vea abrirá la barrera electrónica y entraremos rápidamente. Una vez al otro lado, ningún peligro nos amenazará.

Levantó la mano, amistosamente, cuando estuvieron junto al «platillo», fuertemente iluminados por los reflectores.

Te-Lia, con la mano extendida, se dio cuenta de que la barrera acababa de desaparecer.

—Vamos.

Fue entonces cuando la puerta de la astronave se abrió apareciendo Te-Onix con una hermosa sonrisa en los labios. Pero, en aquel preciso instante, una horrible descarga desgarró el silencio de la noche.

Agarrando con fuerza a su amada, Jim se dejó caer al suelo; luego sintió cómo Te-Lia se le escapaba de las manos, oyó una nueva descarga e instantes después el conocido sonido de las balas que chocaban contra el muro invisible de la barrera electrónica.

Se volvió junto a la entrada de la astronave, contemplando el tremendo espectáculo de los tanques, que disparaban cañonazos y cohetes que se estrellaban inútilmente en el invisible muro. Luego, al volverse hacia la puerta del «platillo», el corazón le dio un vuelco.

Te-Lia, arrodillada junto al Sangriento cuerpo de Te-Onix lloraba mansamente. Jim se adelantó y, cogiendo el frágil cuerpo en sus brazos, penetró en el interior de la astronave.

Te-Lia cerró la puerta.

Después el «platillo» emitió un silbido extraño y vibró ligeramente unos instantes. Colocando una tela sobre el cuerpo de la marciana y dejando que Te-Lia siguiese sollozando, Jim se acercó al parabrisas trasparente de la astronave.

Allá lejos, envuelto en una densa capa de nubes azuladas, quedaba el planeta al que los marcianos no volverían jamás.

Giró sobre sus talones y acercándose a Te-Lia, la estrechó entre sus brazos. Ella, apoyando su cabeza en el pecho del terrícola, contempló emocionada el cuerpo inmóvil de su compañera.

Te-Onix no podría ver ya el triunfo de la casta a la que pertenecían; pero, desde su eterno descanso, podría, estar segura qué el Amor volvería a imperar, como siglos antes, sobre todos los habitantes de Marte.

FIN

[1] Los «fotones» son unos corpúsculos que componen la luz y, por lo tanto, los transmisores y responsables de los fenómenos luminosos. (nota del Autor)

[2] Desde los trabajos del insigne físico Planck se ha demostrado que los «fotones» poseen características materiales, desapareciendo así la teoría vibratoria de la luz y dando paso a la teoría corpuscular, que ha abierto nuevos horizontes al estudio de los fenómenos luminosos producidos, según Planck, por los llamados «Quanta».